

LA PERCEPCIÓN DE LA INFANCIA EN EL MUNDO IBÉRICO ⁽¹⁾

THE PERCEPTION OF CHILDREN IN THE IBERIAN CULTURE

TERESA CHAPA BRUNET (*)

RESUMEN

Este trabajo pretende atraer la atención sobre un tema aún poco tratado en los estudios sobre la cultura ibérica, como es el análisis de la infancia. Toda sociedad debe arbitrar un sistema eficaz para transmitir a sus descendientes los principios en los que se fundamenta, puesto que ello depende de su propia perpetuación. El trato otorgado a los niños es por tanto una ventana para descubrir las claves de la organización social e ideológica de cualquier grupo humano. Se analizan los distintos contextos arqueológicos en los que se aprecia presencia infantil, y se aportan hipótesis acerca de la valoración y de las distintas fases de desarrollo que debieron reconocerse en el mundo ibérico desde el nacimiento de un bebé hasta su entrada en la fase juvenil.

ABSTRACT

This paper tries to analyze childhood during the Iron Age "Iberian Culture", a topic which has received almost no attention up to now. Any society must find an efficient system in order to transmit to their descendants the body of principles and rules that constitute its foundations, as this is essential to its perpetuation. The way children are treated is a window through which we can discover some keys of the social and ideological organization of any human group. Different archaeological contexts of Iberian infancy are here analysed, and some hypothesis are offered about how Iberians organized the different stages of growth, from birth until youth.

Palabras clave: Arqueología de la infancia. Edad del Hierro. Cultura ibérica. Enterramientos infantiles. Poblados ibéricos. Iconografía infantil. Divinidades curotrofas. Maternidad. Juguetes. Cuentos legendarios.

(1) Este trabajo se ha realizado durante el desarrollo del Proyecto DGES PB98/0775 del Ministerio de Ciencia y Tecnología. Agradezco especialmente a Ricardo Olmos su disposición para consultar algunos de sus originales inéditos, lo que ha beneficiado considerablemente la redacción de este artículo.

(*) Dpto. de Prehistoria. Facultad de Geografía e Historia. Universidad Complutense. 28040 Madrid. Correo electrónico: tchapa@ghis.ucm.es

Recibido: 18-IX-02; aceptado: 15-XI-02.

Key words: *Childhood Archaeology. Iron Age. Iberian Culture. Children's graves. Iberian villages. Iconography of children. "Kurotrofos" goddesses. Motherhood. Toys. Legendary tales.*

INTRODUCCIÓN

Es un hecho constatado que la investigación arqueológica apenas ha abordado estudios específicos relacionados con el reconocimiento y la caracterización de la infancia, carencia que ha provocado en épocas recientes diversas llamadas de atención en la bibliografía especializada (Lillehammer 1989; Sofaer Derevenski 1994; Moore y Scout 1997; Roveland 1997; Politis 1998; Kamp 2001a). El caso ibérico es un ejemplo claro, puesto que las alusiones a este aspecto son mínimas (San Nicolás y Ruiz Bremón 2000; Gracia *et al.* 1989). Los distintos autores coinciden en identificar una confluencia de factores como causa de este aparente "desinterés" por el tema, conectándose algunos con la propia evidencia arqueológica y otros con la perspectiva teórica y social desde la que trabajan los especialistas.

Los niños, especialmente los de menor edad, están en situación de dependencia respecto a sus padres o superiores, y por lo tanto su representatividad social queda en gran medida enmascarada o limitada por el mundo de los adultos, que sólo les concede un reconocimiento de forma progresiva y pautada. Su acceso a un universo propio de derechos, espacios y cultura material diferenciada de la de sus mayores es algo a lo que hoy día estamos relativamente acostumbrados (2), pero esta situación dista mucho de parecerse a la de otras culturas

(2) En la mayor parte de las viviendas familiares actuales sería fácil deducir la presencia infantil por la multitud de objetos que acaparan dedicados en especial al juego, pero también por otros muchos elementos de mobiliario concebidos específicamente para niños.

y épocas, en las que los objetos infantiles no sólo eran más escasos, sino que dejaban una huella muy poco perceptible.

Sin embargo, como señala Politis (1998: 9), los niños son generadores de un rico registro arqueológico, que en algunas ocasiones se ha valorado no sólo por sus propias manufacturas, sino por la capacidad de alterar el orden material que los adultos consideran adecuado (Hammond y Hammond 1998). Por regla general, la investigación basada únicamente en el estudio arqueológico de los lugares de hábitat detecta la presencia infantil a través de tres tipos de objetos: a) juguetes; b) piezas habituales en el acervo material de los mayores, pero fabricadas en miniatura y acordes con el tamaño también reducido de sus usuarios; c) piezas específicamente destinadas al cuidado, la alimentación, el vestido o el adorno infantil. No hace falta decir, sin embargo, que la mayor parte de los elementos relacionados con estas esferas son difícilmente distinguibles de aquellos usados por los adultos con distintos fines, y que los instrumentos lúdicos han sido tradicionalmente objetos naturales escasamente modificados, o manufacturas de carácter orgánico que apenas dejan huellas arqueológicas. Si a esto unimos el carácter siempre incompleto de la evidencia y la lejanía respecto a la sociedad en estudio, es comprensible que la capacidad de detección de las actividades infantiles sea escasa (3). De hecho, cuando los niños se hacen presentes explícitamente en una sociedad a través de la iconografía o de las fuentes escritas, se observa que los estudios sobre ellos aumentan de forma considerable, aun siendo todavía limitados (4).

Otro de los problemas deriva de la propia caracterización de la infancia desde una perspectiva actual. Resulta evidente que cada sociedad marca los pasos a través de los cuales una persona va progresivamente integrándose en el mundo de los adultos,

(3) Es muy conocido el experimento realizado en el llamado «Campamento de Millie», en las Rocosas canadienses, revisado e interpretado por un equipo de arqueólogos poco después de su abandono por un grupo indio. Una vez extraídas las consecuencias del análisis, se recurrió a los propios indios para que explicaran cómo se había generado el material arqueológico. Los arqueólogos debieron reconocer grandes errores en su lectura, y especialmente detectaron una notable infravaloración tanto de los niños como de las múltiples actividades desarrolladas por ellos (Bonnischen 1972).

(4) La literatura sobre la infancia en el mundo griego y romano es muy abundante, y resulta imposible resumirla aquí, si bien remitimos al excelente libro de Garland (1990) como revisión general para el mundo griego. A lo largo del texto se citarán algunas de las obras más representativas, pero en todo caso puede consultarse un listado bastante útil en [<http://www.stoa.org/diotima>]

pero eso no ocurre de una manera uniforme, sino que por el contrario responde a patrones culturales y socio-económicos que se sobreponen al proceso de desarrollo propiamente físico del ser humano. Sin embargo, al desconocer dichos patrones, debemos optar por una compartimentación de edades basada en determinantes antropológicos, lo que establece una aproximación sesgada y falsamente “objetiva”. En el caso ibérico se acepta la diferenciación antropológica vinculada a las etapas básicas de crecimiento: *Infans I* (de 0 a 7 años), *Infans II* (de 8 a 14) y *Iuvenis* (de 15 a 22) (Aranegui *et al.* 1993: 54), y sólo en aquellos restos mejor conservados se puede precisar algo más (5).

La observación del registro arqueológico ha permitido en ocasiones establecer momentos cruciales en el paso desde la infancia a la juventud y al mundo adulto que no coinciden exactamente con transformaciones biológicas importantes. Un ejemplo es el reseñado por C. Bérard durante sus excavaciones en Eretria, donde se observaba que el armamento acompañaba a los varones sólo a partir de los 16 años. En el entorno ateniense, bien conocido por las fuentes, es a esta edad cuando los jóvenes son admitidos en el seno de las fraternías, lo que supone un rito de paso estrictamente cultural (citado en Vidal-Naquet 1981: 190).

Igualmente pueden constatar algunos principios, ciertamente razonables, pero que han sido asumidos de forma general sin que exista siempre una contrastación arqueológica que los ratifique. Es ya conocida, por ejemplo, la discusión provocada por la tesis de Ariès (1987), según la cual los niños en el pasado se incorporaban mucho más rápidamente al mundo de los mayores, de manera que lo que podríamos tomar como un niño o joven, en muchos grupos sociales serían más bien considerados como pequeños adultos. El trabajo de Ariès, especialmente centrado en el Antiguo Régimen, no ha quedado sin respuesta para otros contextos, como el mundo medieval, en el que se detecta una actitud diferente hacia la infancia (Shahar 1990: 3; Orme 2001). En definitiva, sólo si se combina la información cultural con la clasificación de la edad biológica podremos empezar a desvelar las etapas progresivas de incorporación de los niños al estatus de adulto.

(5) Las clasificaciones por edades pueden variar ligeramente. En otras ocasiones el límite de la infancia se sitúa hacia los 12 años, separando la primera y la segunda fase a los 6 (López Flores 1997: 301). En general, la mejor recopilación sobre estudios antropológicos en España es la de Trancho *et al.* 1995 y 1997.

Dado que la infancia es difícil de rastrear en las unidades domésticas, la arqueología se ve a menudo obligada a estudiarla únicamente a través de los restos funerarios, lo que añade nuevas limitaciones a su análisis. En primer lugar, los niños pueden no ser considerados como miembros reconocidos del grupo social hasta que cumplen una determinada edad, y ello implica que pueden estar ausentes de los cementerios, faltando así cualquier indicio de su presencia. Además, sus restos son extremadamente frágiles, y por lo tanto resultan susceptibles de perderse por efecto de la erosión o de cualquier otro factor físico, e incluso han pasado a veces desapercibidos en excavaciones poco cuidadosas (Trellisó Carreño 2001: 92). Desde el punto de vista antropológico, resulta imposible diferenciar a los varones de las mujeres en los grupos edad más corta, con lo que también se pierde la posibilidad de evaluar diferencias debidas al sexo, un factor que resulta de gran importancia en cualquier evaluación social. Finalmente, el hecho de trabajar básicamente con un registro funerario ritualizado hace que nuestro contacto con ellos esté marcado por antiguas normativas que pueden enmascarar la realidad social más que reflejarla de forma directa.

Por si faltaba algo, esta "invisibilidad" material se combina con una cierta "ceguera" por parte de los especialistas, que en general tampoco se han interesado especialmente por el mundo infantil de las sociedades que analizan, cosa que no es de extrañar teniendo en cuenta todas las dificultades ya expuestas, pero en lo que también hay que reconocer un fuerte peso de la propia tendencia general de la disciplina arqueológica. Una revisión superficial a las distintas posiciones teóricas que han marcado la línea de las investigaciones, nos permite advertir que desde el Positivismo histórico se ha primado más el estudio del objeto que del sujeto, que desde la Nueva Arqueología se han analizado los grupos de edad con el fin prioritario de distinguir diferencias jerárquicas, y que desde el Marxismo se han primado las relaciones de clase frente a las de los grupos de edad (6). Cualquiera de estas propuestas puede arbitrar los medios para realizar estudios centrados en la infancia, pero de hecho hasta épocas recientes no se ha llamado la atención de una forma sistemática sobre este grupo social. Este cambio de posiciones se debe al desarrollo de las

nuevas tendencias "post-procesuales", que han hecho hincapié en la importancia del individuo como actor dinámico en la configuración del lenguaje cultural, abriendo la puerta a la consideración de grupos sectoriales, y desarrollando especialmente los estudios de género. De hecho, la reflexión sobre el mundo infantil ha sido en muchos casos una consecuencia de la atención prestada al universo femenino dentro de cada unidad social.

Ciertamente, la infancia es un sector de importancia vital para cualquier grupo humano, puesto que de su existencia y formación depende la reproducción física e ideológica de la población como unidad diferenciada. Pero los niños son objeto de valoraciones necesariamente contradictorias, tanto por cuestiones puramente económicas o demográficas como por las relacionadas con el ámbito sentimental, educativo o social. Si bien un nacimiento es necesario para la reproducción de la unidad familiar, un exceso de ellos puede poner en peligro la supervivencia o el nivel económico de la familia, y poner remedio a este último problema tiene, a su vez, un alto coste sentimental y en ocasiones físico. Por otra parte los infantes requieren un gran esfuerzo en su atención y alimentación sin proporcionar ninguna contrapartida en sus primeros años más que la satisfacción de su existencia. Finalmente, un niño ya autónomo que colabora en las labores caseras presenta un proceso hacia la independización que a menudo implica la ruptura de algunas reglas asumidas y plantea nuevas situaciones de crisis que marcarán los cambios característicos de la sociedad futura.

Permitir un adecuado proceso de crecimiento, formación y adaptación de los niños a su contexto social exige una gran inversión por parte del grupo al que pertenecen, y un progresivo sistema para convertirlos en los adultos que la sociedad considere adecuados. Todo ello implica un amplio y diverso sistema educativo en el que el niño va asumiendo los principios y los conocimientos precisos para llegar a reproducir con éxito el sistema social. Este proceso tendrá una normativa más explícita, compleja y diferenciada conforme la organización social tenga a su vez mayor complejidad y jerarquización. En sociedades en las que faltan los documentos escritos resulta difícil acceder a este código, cuya existencia asumimos sin arañar siquiera los detalles. Sin embargo, la arqueología, con un detallado estudio de los registros domésticos y funerarios, puede ayudarnos a desvelar algunas de sus claves.

(6) Es cierto que en este caso los niños, junto con las mujeres, han sido analizados en profundidad como individuos especialmente sensibles a situaciones de explotación y dependencia (Melliasoux 1987).

LA PRIMERA INFANCIA EN EL MUNDO IBÉRICO

Como en cualquier otro contexto social, en el mundo ibérico (Fig. 1) hemos de pensar que la “presencia” de un niño se produce desde el momento de su concepción, puesto que el embarazo obliga a la madre, al padre y a los restantes miembros de la familia y del grupo a encarar un proceso a largo plazo que culmina bastante después del nacimiento con la incorporación de un nuevo miembro activo a la sociedad. Desde estos primeros momentos es necesario tomar una serie de decisiones que comienzan con la aceptación o el rechazo de la gestación, y que continúan con la adopción de las medidas que se consideren oportunas en cada caso. Suponiendo que el proceso siga su curso, existirá todo un cuerpo de costumbres y creencias sobre el desarrollo del feto, su posible atribución sexual preparto, tratamientos, recetas e infinidad de otros aspectos sobre los que la tradición y la experiencia marcarán la opinión popular.

Una vez llegado el momento del nacimiento se requieren servicios más especializados, ligados a médicos y parteras, cuya existencia debemos suponer entre los habitantes de un asentamiento, especialmente en el segundo caso. La situación de riesgo que se produce en esta fase es máxima, puesto que están en peligro tanto el bebé como su madre, y resulta preciso extremar los cuidados dedicados a ambos. Poco después, y si este proceso se culmina con éxito, la incorporación del niño constituirá un punto de inflexión en la comunidad familiar, y un acontecimiento que puede tener una extensa proyección en la futura vida de sus miembros, puesto que se crea un nuevo orden generacional que redistribuye la línea de parentesco y de transmisión de los bienes sobre la que bascula la organización de la sociedad. Una parte básica de la persona social del niño se gesta ya en el momento de su nacimiento, cuando es reconocido y aceptado por sus padres, entrando a formar parte de su entorno familiar y de su comunidad. Su sexo, la situación de su familia dentro del conjunto poblacional o su posición en el orden de descendencia, serán factores fundamentales en su consideración dentro del grupo, abriendo un escenario en el que desarrollará sus aptitudes, su apariencia y su personalidad. A su vez, también se introduce automáticamente en una estructura política a mayor escala ligada a la organización y explotación de un territorio, que se traducirá en una adscripción étnica, constituyendo el marco ampliado

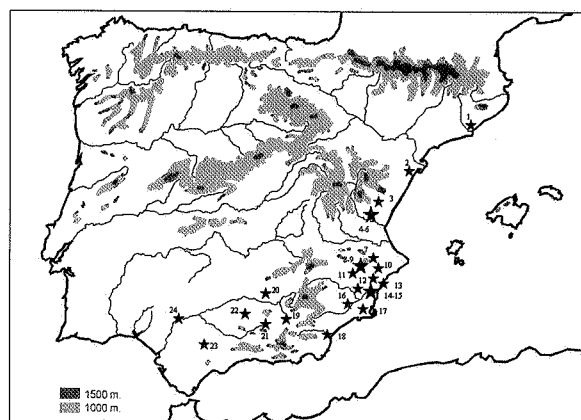


Fig. 1. Mapa con situación de los yacimientos citados en el texto. 1: Turó dels Dos Pins; 2: Moleta del Remei; 3: La Escudilla; 4: Puntal dels Llops; 5: Castellet de Bernabé; 6: Tossal de San Miquel; 7: Corral de Saus; 8: Los Villares; 9: El Amarejo; 10: La Serreta; 11: Pozo Moro; 12: Coimbra del Barranco Ancho; 13: La Albufera; 14: Les Moreres; 15: Cabezo Lucero; 16: El Cigarralejo; 17: Cabecico del Tesoro; 18: Villaricos; 19: Castellones de Céal; 20: Collado de los Jardines; 21: El Pajarillo; 22: Porcuña; 23: Osuna; 24: Setefilla.

de su relación social, económica y simbólica. Todo ello condicionará su proceso de aprendizaje, a través del cual los niños van asimilando las pautas y desarrollando las habilidades necesarias para su supervivencia a largo plazo.

Scott (1992: 90) afirma que todo lo que le sucede a un niño después de nacer es cultural, lo que implica que su desarrollo está absolutamente marcado por las pautas sociales. Es de imaginar que en el mundo ibérico existió una conducta normalizada en relación al parto, y que una vez nacido, el niño tendría que ser reconocido por su progenitor como paso previo para su aceptación por la comunidad. Tanto en Grecia como en Roma existían fórmulas bien establecidas para cumplir con estos requisitos (Sissa 1986: 171; Rawson 1986). En el caso griego existía un complicado proceso formal, debido al carácter selectivo impuesto por la pertenencia a una ciudad, pero en mayor o menor medida, esta integración en el grupo a través de la familia debió estar claramente fijada en otras culturas mediterráneas como la ibérica. No sabemos si en este aspecto influyeron dentro de este contexto aspectos como el sexo o las malformaciones congénitas, lo que en todo caso no sería de extrañar. Sin embargo, y aún estando sanos, los niños más pequeños están abiertamente expuestos al peligro de no sobrevivir, lo que junto a su obligada dependencia alimentaria

podía provocar que en cierta medida quedaran apartados de la vida social y reclusos durante estas primeras etapas vitales en la esfera femenina.

LA MORTALIDAD EN TORNO AL PARTO Y AL PERIODO DE LACTANCIA

Hasta épocas muy recientes, las sociedades han debido afrontar un alto porcentaje de pérdida de los niños concebidos, tanto durante su gestación como en torno a su nacimiento y primeras fases de vida (Beausang 2000). Además, estos peligros implican también a la madre, cuyo fallecimiento arrastra a menudo el del bebé, aunque éste hubiera nacido sano, por carencia de cuidados y alimentación. La supervivencia de un ser humano en buenas condiciones no ha sido un proceso de fácil consecución a lo largo de la historia. En sociedades como la ibérica existieron múltiples factores de limitación demográfica además de los que pudo diseñar el propio grupo social. Embarazos problemáticos, enfermedades, accidentes, hambrunas o guerras forman parte de una larga lista de amenazas a la vida humana que alcanzan prioritariamente a los individuos más frágiles, como son los niños y las mujeres en procesos de gestación y crianza.

La muerte en el parto debió ser un riesgo importante, y de hecho tenemos varias evidencias del mismo, de las que podemos destacar como ejemplos por su distinto tratamiento los casos documentados en las necrópolis de Castellones de Céal (Jaén) y de Turó de dos Pins (Barcelona). En la primera (Chapa *et al.* 1998: 111-113) se localizó la inhumación de un neonato (tumba 11/149) cuidadosamente protegida por piedras y adobes (Fig. 2). Se adosaba a los restos de una pira (11/148) en la que quedaban algunos restos óseos correspondientes a una mujer joven, de unos 18 a 20 años. Por dificultades del contexto no se pudo determinar si la mujer fue incluida en una tumba inmediata, pero en todo caso parece que tras la muerte de ambos, mientras que el cadáver femenino fue incinerado, el infantil se depositó sin alteraciones junto a la estructura de cremación. Este tipo de hallazgos —inhumaciones infantiles en áreas de necrópolis— no son frecuentes, pero tampoco desconocidos, como se demuestra en el caso de El Cigarralejo, donde se contabilizan al menos 11 casos (Santónja 1992: 37). Sólo dos de ellos (tumbas 104 y 214) se asociaban a un equipo funerario propiamente dicho, consistente en el recipiente en el que fueron

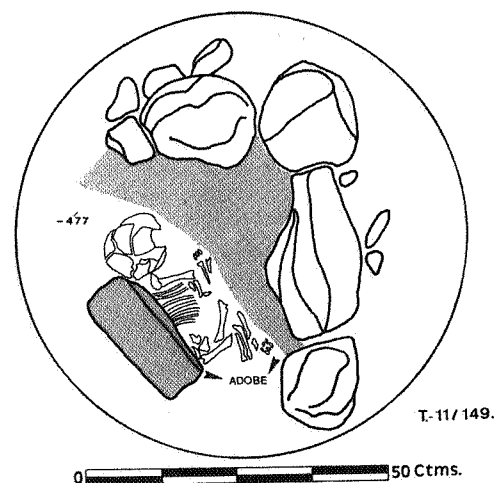


Fig. 2. Sepultura de neonato en Castellones de Céal.

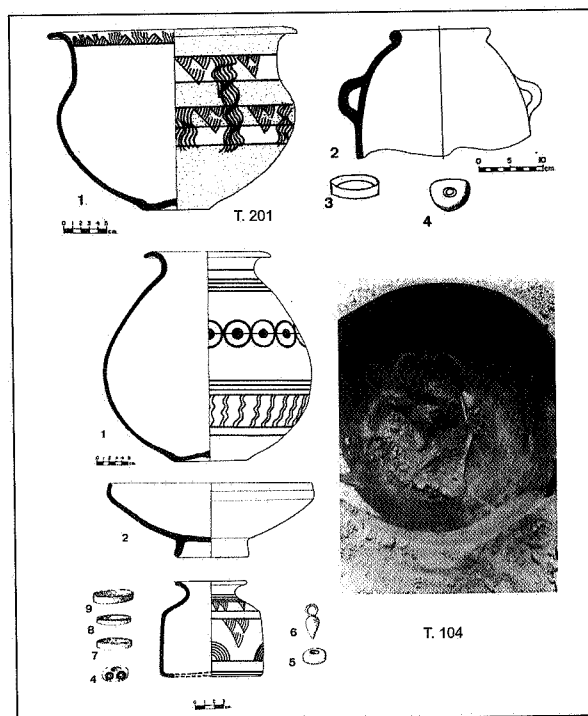


Fig. 3. Sepulturas infantiles de la necrópolis de El Cigarralejo (a partir de Cuadrado 1987).

introducidos y en los objetos de adorno y protección que llevaban puestos (Fig. 3). Los demás se depositaron simplemente ocupando un espacio entre otras tumbas, y por esta razón quizás no son enumerados en la memoria del yacimiento (Cuadrado 1987: 35). Por su parte, en Turó dels Dos Pins (García i Roselló 1993: 75-77) se recuperaron en la tumba 38 los huesos quemados de una joven junto a los de un bebé que pudiera ser interpretado como un

feto a término que no llegó a superar el momento del parto. Existen otros casos en los que niños pequeños, menores de un año, fueron quemados en la pira e introducidos en su propia tumba como si de adultos se tratara. Más adelante veremos algunos ejemplos.

Esta brevísima muestra nos lleva a recordar que aunque los niños muertos al poco tiempo de nacer podían ser quemados, en la mayoría de los casos no eran sometidos al fuego, sino inhumados (7), como se ha señalado ya en repetidas ocasiones (Santónja 1992: 37). Además sus restos no se limitan a ocupar el espacio de las necrópolis, sino que se encuentran también en las áreas de hábitat, lo que subraya aún más su separación de las pautas rituales aplicadas a los restantes grupos sociales. El hecho de vincular los bebés a los espacios domésticos todavía carece de una explicación satisfactoria a pesar de que el caso ibérico no es único, sino que por el contrario se trata de un hecho recurrente en muy distintas etapas de la historia y en ambientes geográficos dispares. Faltan además excavaciones extensivas que puedan llegar a detectar y contextualizar los restos infantiles, configurando así pautas de comportamiento que proporcionen claves interpretativas.

Los trabajos pioneros (Gusi 1970 y 1992; Guérin y Martínez Valle 1987-88) y sobre todo el volumen dedicado al tema: "Inhumaciones infantiles en el ámbito mediterráneo español (siglos VII a.E. al II d.E.)" de los *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de Castellón* (nº 14, 1989) expusieron una evidencia hasta entonces dispersa y permitieron sistematizar y ofrecer un nuevo punto de partida para la investigación. Como es habitual, el intento de buscar una lectura homogénea para todos los casos se ha revelado imposible, teniendo en cuenta la gran diversidad de la muestra conocida. En determinados lugares se ha defendido el carácter ritual de las inhumaciones, que serían fruto de sacrificios en los que podía haber víctimas sustitutorias, esencialmente ovicápridos (Barrial 1989: 13, con argumentos razonados). Entre otros, pueden citarse los casos de Castellet de Bernabé (Liria, Valencia) y del Puntal dels Llops (Olocau, Valencia), en donde los ajueres de las habitaciones en las que se incluyen restos infantiles tienen carácter

religioso, y además estas deposiciones parecen coincidir con episodios de reestructuración arquitectónica de los distintos espacios (Bonet y Mata 1997: 133). En estos casos los niños tienen edades variables, aunque generalmente son lactantes de menos de un año.

El caso más llamativo es el de los conjuntos de La Escudilla y Los Cabañiles (Zucaina, Castellón), en los que bajo ciertas construcciones se acumulan un buen número de inhumados. En el primero de los yacimientos hay variaciones entre ellos, tratándose tanto de fetos como de neonatos y lactantes, hasta un número de al menos 25. En el segundo se encontraron 6 neonatos. Gusi (1997: 199, con bibliografía anterior) ha señalado la extrañeza de este hallazgo, que además se encuentra en una zona montañosa del interior y corresponde a una fase antigua, situada entre finales del siglo VI y la segunda mitad del siglo V a.C. A pesar de que sobre estas concentraciones de restos infantiles ha planeado siempre la sombra de la influencia fenicio-púnica, que habría introducido en la Península rituales del tipo *tofet*, la muestra de Castellón se aleja morfológicamente de estas costumbres, y su propio excavador recuerda que podemos estar ante tradiciones más antiguas de tipo indoeuropeo más que propiamente coloniales mediterráneas, opinión parcialmente compartida por otros autores (Gracia *et al.* 1989: 151). El caso de La Escudilla, con sus estructuras cuadrangulares y sus monolitos en la entrada y en el centro de los recintos (Gusi 1989: 29) recuerda en realidad fórmulas más próximas a los túmulos de tipo Campos de Urnas, de los que parece una versión específica dedicada a los enterramientos infantiles.

Otro caso interesante es el de la Moleta del Remei de Alcanar (Montsià, Tarragona), en donde se recuperaron varios niños, todos ellos producto de muertes relacionadas con el momento del parto. Excepto uno, los demás se habían introducido en una misma fosa, y los restos no estaban completos, lo que se interpreta como fruto de una posible exposición previa que se relacionaría con tradiciones preibéricas (Gracia *et al.* 1989). Aunque es verdad que el hecho de la muerte es un aspecto que las sociedades intentan asumir e introducir en su compleja simbolización del mundo, también existen situaciones en las que un proceso indeseado conduce a sustraer ciertos acontecimientos de la conducta ritualizada habitual. El hecho de enfrentarse al nacimiento de un niño que no se puede o no se desea asumir, o la propia muerte espontánea del mismo

(7) Hecho recurrente en otras culturas mediterráneas como la griega (Garland 1985: 78). En época más tardía es muy conocida la cita de Plinio (NH 7,72), según la cual es una costumbre universal no quemar a una persona antes de la erupción de sus dientes.

durante el embarazo o el parto, consideradas como fracasos o malos augurios, ha llevado a ocultaciones de los fetos y de los recién nacidos antes de que su existencia fuera conocida y asumida socialmente. Esta costumbre se ha mantenido en el contexto europeo en todas las etapas históricas (Scott 1990, 1992), pero es difícil reconocerla por otras vías que no sean las arqueológicas, ya que es una conducta que por distintas e importantes razones suele ser silenciada (8).

En ambientes ciudadanos más complejos se permitía el abandono del recién nacido mediante su exposición en un lugar público, a menudo cerca de un templo o santuario, de forma que el bebé tuviera una posibilidad, aunque remota, de salir adelante (Garland 1985: 81). En general esta opción puede considerarse como un infanticidio post-parto, de los que pudo haber otras versiones mediante descuidos, falta de alimentación o cuidados, etc. Se advierte que en sociedades como la griega o la romana estas soluciones se aplicaban con mucha más frecuencia a las niñas que a los niños, debido al sistema ideológico y económico imperante. Aunque se ha defendido en ocasiones que el recurso al infanticidio femenino fue en todo caso muy limitado (Engels 1980: 116), otras opiniones otorgan una importancia mayor a este sistema "regulador" (Golden 1981: 317). Algunos indicios indirectos, como el recuento de miembros de las familias inmigrantes en Mileto entre 228 y 220 a.C. ha permitido observar que entre ellas se contabilizaban 118 hijos varones frente a 28 niñas, lo que resulta una desproporción demasiado notable para ser natural (Pomeroy 1983: 210).

En todo caso, y aun teniendo en cuenta tanto los lactantes enterrados en las necrópolis como en los poblados, el número de niños de corta edad recuperados en los yacimientos ibéricos resulta enormemente limitado. Esto es algo frecuente en muchos contextos culturales, incluso en aquellos en los que los niños son objeto de cuidados y reconocimiento. En realidad es una opinión generalizada que la mortalidad infantil debió ser extremadamente

alta en este tipo de sociedades, admitiéndose como razonable una tasa entre el 40 y el 50 % con respecto al total de la población (Almagro-Gorbea 1986: 480; Goodman y Armelagos 1989: 225). Sin embargo, teniendo en cuenta que en unos casos su muerte debe ocultarse, que en otros, aunque pública, supone una gran decepción sentimental que debe ser prontamente superada, y finalmente que los niños pequeños tienen mermado su reconocimiento social, resulta lógica su limitada representatividad funeraria. Así, en el mundo romano, las inscripciones fúnebres que registran la muerte de niños pequeños son sólo un 1,3 % del total analizado por Hopkins (1983: 225), relativas en su mayor parte a varones, y lo mismo sucede en el campo del arte o de la literatura, acentuándose este hecho en los momentos anteriores al final de la República (Dixon 1988: 114). Plutarco señala que ya en la Roma arcaica Numa Pompilio limitó el tiempo que podía dedicarse a lamentar la pérdida de un niño, y mucho más tarde Cicerón considera que exagerar en este punto es claramente inadecuado (Lee 1994: 71).

Esta notable ausencia del elemento infantil no se produjo siempre en épocas inmediatamente preibéricas, como se aprecia en el análisis del amplio cementerio de Les Moreres, en Alicante (900-625 a.C.), donde los niños de menos de 2 años están mucho mejor representados (González Prats 2002). Este comportamiento es relativamente similar al patrón ofrecido por las necrópolis fenicias y púnicas (Gómez Bellard *et al.* 1992), si bien en estos casos pueden existir zonas de la necrópolis casi exclusivamente dedicadas a los niños, como ocurre en las vertientes norte y sur de la colina "U" de Villaricos (Astruc 1951: 52-53). Sin embargo, para épocas similares en el ámbito tartésico del suroeste peninsular de nuevo se ha resaltado el déficit de este grupo de edad. En la necrópolis de Setefilla se han propuesto diversas hipótesis que podrían explicarlo: o bien se entierran aparte, o bien no eran enterrados, o bien hay prácticas de contracepción o infanticidio, en este último caso afectando selectivamente a las féminas, dado que el número de varones enterrados en los túmulos estudiados es mayor al de mujeres (Aubert 1995: 402).

EL CUIDADO DE LOS LACTANTES

Es muy poco lo que sabemos del cuidado del recién nacido en el mundo ibérico. Es de suponer

(8) En muchas áreas de la Península Ibérica esto se ha llevado a cabo tanto en el mundo rural como en el urbano, donde sigue practicándose aunque sin dejar prácticamente huellas. En la zona del Guadiana Menor (Jaén), donde hemos trabajado de forma continuada, se reconoce como experiencia vivida que los fetos de pocos meses eran enterrados discretamente en las casas o en las cuadras sin que esta acción alcanzara ninguna repercusión social, mientras que si la gestación evolucionaba más, se convertía en un hecho conocido públicamente, y era preciso practicar un enterramiento ritualizado.

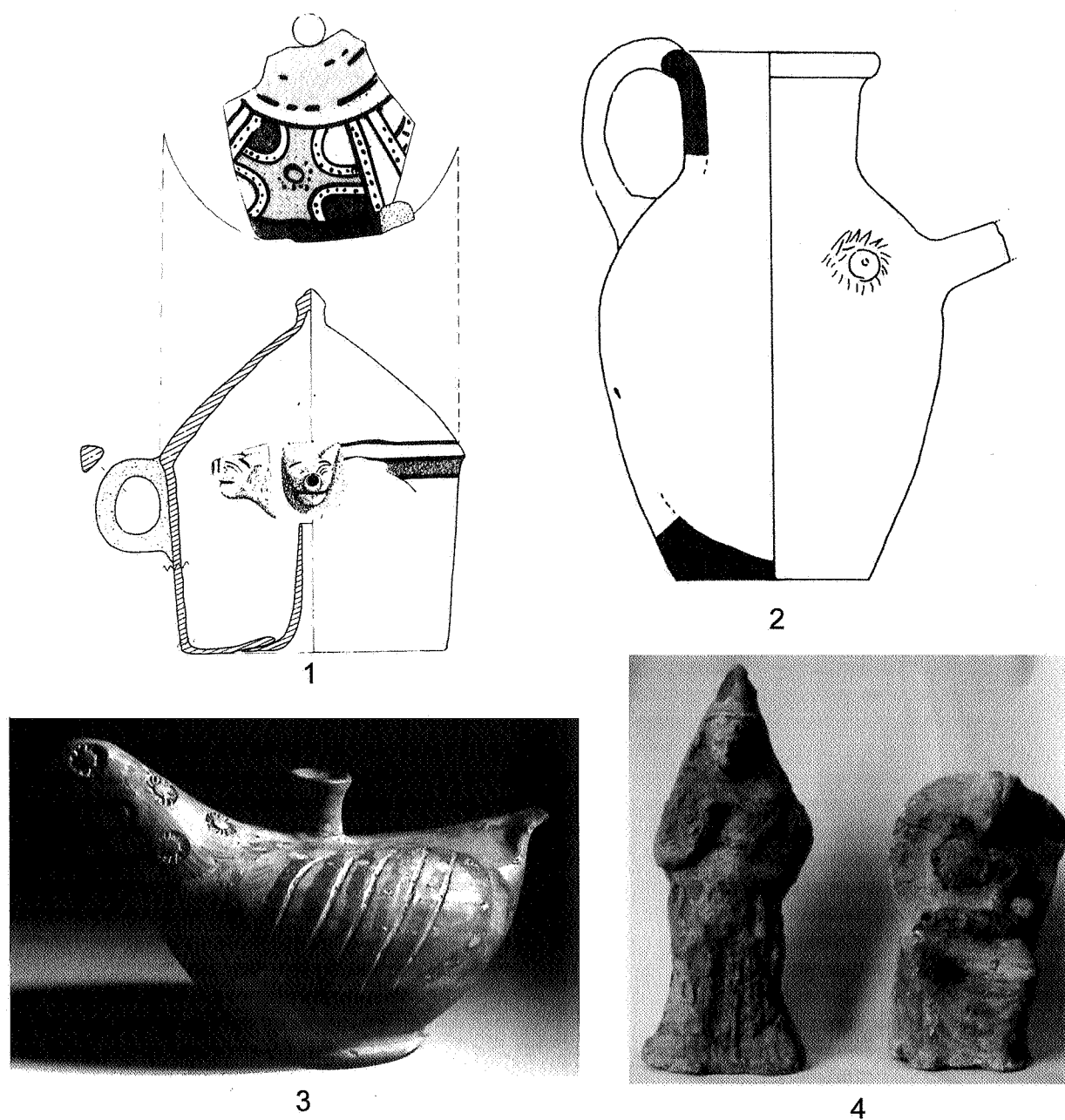


Fig. 4. 1.- "Sacaleches" del deposito votivo de El Amarejo; 2.- "Biberón" de Puig des Molins; 3.- Vaso zoomorfo de El Amarejo; 4.- Terracotas de la necrópolis de La Albufereta (1 y 3: a partir de Broncano 1989; 2: a partir de Gómez Bellard y Gómez Bellard 1989; 4: Proyecto Imagen Ibérica, CSIC.).

que, como en la mayoría de las sociedades comparables, la madre se encargara de alimentar al bebé hasta una edad relativamente avanzada, en la que el niño cambia su forma de vida y empieza a insertarse lentamente en el mundo de los adultos. En el ámbito romano el destete comenzaba hacia los 2 años, y el final de la primera infancia se podía situar hacia los

3 años. Coincide por tanto con las recomendaciones propuestas por Platón en sus *Leyes*, donde se indica que los niños deben ser amamantados hasta los 2 años y tener una nodriza hasta los 3 (Golden 1990: 20). En ciertos momentos se tendió al empleo de nodrizas como sustitutas de la lactancia materna para las familias más acomodadas, convirtiéndose-

se estos personajes en un grupo social con características y prerrogativas muy especiales dentro del ámbito romano (Bradley 1986; Mangas 2000), pero esto es raro en comunidades más sencillas, donde es poco frecuente que existan alternativas a la madre para alimentar a los niños, lo que puede llevar a la muerte de éstos por inanición si por cualquier causa falta la leche materna. En todo caso, el periodo de lactancia se suele prolongar lo más posible, dado que disminuye la posibilidad de nuevos embarazos no deseados y que la leche es una fuente de alimentación sana y segura. Los problemas del cambio hacia la ingestión de otros alimentos son precisamente otra fuente de riesgo para los infantes, como se demuestra en los estudios de la capa de esmalte dental correspondiente a estas edades (Price *et al.* 2002).

Hay muy poco material arqueológico relacionado con esta primera infancia. Algunas piezas cerámicas ibéricas se han clasificado como “sacaleches” (Fig. 4.1) por su similitud con otras manufacturas mediterráneas así interpretadas (Page 1985: 141, con referencias bibliográficas), si bien otros autores no están de acuerdo con la interpretación de estas piezas, considerando poco adecuada su forma a la función que se propone (Broncano 1989: 217-219, acerca de las piezas recuperadas en el depósito votivo de El Amarejo, en Albacete). En las necrópolis se han encontrado únicamente en El Cigarralejo y en Coimbra del Barranco Ancho, pero siempre fuera de contextos funerarios cerrados (García Cano 1997: 158). Por otra parte, en el mundo púnico existieron piezas asociadas invariablemente a los niños que se consideran “biberones” (Fig. 4.2), y que perduraron en época romana. A pesar de que tenemos evidencias recogidas en la necrópolis del Puig des Molins de Ibiza (Gómez Bellard y Gómez Bellard 1989: 218) o en la de Villaricos (Astruc 1951: lám. XXIV, 7), estos elementos no llegaron a popularizarse entre los iberos. Su funcionalidad ha sido también discutida desde antiguo, puesto que estas formas han servido como juguetes más que como recipientes de líquidos hasta épocas recientes (Coulon 1906).

En el contexto ibérico son más abundantes los vasos zoomorfos (Fig. 4.3) que pudieron cumplir este mismo papel. Los ejemplares conocidos son básicamente recopilados por García Cano (1997: 164-166), apreciándose que se encuentran tanto en las tumbas como en algunos puntos especiales de los asentamientos, muchas veces con claras connotaciones culturales, como sucede en el depósito vo-

tivo de El Amarejo (Broncano 1989). El uso de estos recipientes para la alimentación infantil está atestigüado en una terracota procedente de la necrópolis púnica del Puig des Molins, en el que una mujer sentada alimenta a un bebé con uno de ellos (Almagro Gorbea 1980: lám. XXXI; Olmos 1999: n° 66.5), mientras que en otro caso hallado en la necrópolis de La Albufereta de Alicante (Fig. 4.4) una dama en pie sostiene al niño en uno de sus brazos, y con el otro sujeta un vaso ornitomorfo (Rubio Gomis 1986: 115 y fig. 39).

Resulta evidente que en el mundo ibérico a partir del siglo IV y especialmente en el siglo III a.C., cobró fuerza el culto a una divinidad femenina que protegía la vida humana, y que acogía igualmente a los difuntos tras su muerte. Su carácter e iconografía particular hablan de una idea propiamente ibérica que tiene sus puntos de contacto con la Astarté-Tanit del mundo fenicio-púnico y con diosas del tipo Deméter, Perséfone o Afrodita en el mundo griego. Sus características y atributos han sido estudiados con detalle por Olmos (e.p.), y por tanto aquí sólo procede hacer algunos comentarios especialmente vinculados al mundo infantil. Y es que esta divinidad, entre otras posibilidades, desvela su importante papel como generosa madre o nodriza amamantadora, protectora de los bebés en concreto y, a través de ellos, de la humanidad en sentido más amplio. Este aspecto curótrofo fue ya detectado por Blázquez (1983), Marín Ceballos (1987) y más recientemente por Gil González y Hernández Carrión (1995-96). La figura que amamanta asume el sentido maternal, pero no pierde, como madre no-biológica, las virtudes de las nodrizas, quienes se consideraron en muchos contextos como cuidadoras, educadoras y cómplices, al estilo de la Euriclea homérica con respecto a Odiseo (Vilatte 1991: 13-15).

El culto a esta divinidad en su versión infantil no sólo debió practicarse en los poblados, sino que debió extenderse a los santuarios, en donde probablemente existían ceremoniales e incluso quizás fiestas específicas para la protección del recién nacido mediante su ofrenda a la diosa (Olmos e.p.). La cueva de barro cocido que se incluye en el rico mobiliario de la tumba L-127-A de La Albufereta (Rubio Gomis 1986: 216, fig. 97) parece ser una alusión a un emplazamiento de este tipo como vía de comunicación con la divinidad, que debió ser igualmente venerada mediante pequeños templos y santuarios en distintos lugares del mundo ibérico (Lillo Carpio 1995-96 y 1997). El importante trabajo de

Sourvinou-Inwood (1978) sobre el culto a Perséfone y Afrodita en el santuario de Locri nos permite evocar cómo pudo desarrollarse su variante ibérica, muchos de cuyos elementos materiales comparte.

Esto quiere decir que en el mundo ibérico, especialmente en su segunda fase, hubo una importante valoración de la crianza infantil, a la que se dedica todo un ritual y una advocación específica de la divinidad. Esta iconografía de la mujer indica que los niños ibéricos de corta edad quedaban bajo su protección, y que se confiaba en el ambiente femenino para el cuidado y la primera educación de los infantes. Se refuerza, por tanto, el papel doméstico femenino, aunque no es el único al que la mujer se asocia, apareciendo también en otras actividades, si bien relacionadas habitualmente con el ámbito religioso. Esta falta de representaciones en acciones cotidianas permite entrever el papel social relativamente limitado que se le debió conceder en época ibérica, como sucede en otros ámbitos mediterráneos (Engels 1998).

EL UNIVERSO MATERIAL INFANTIL

Las escasas sepulturas infantiles con ajuar, individualizadas respecto a otros adultos, nos indican que a estos bebés podían adscribirse algunos

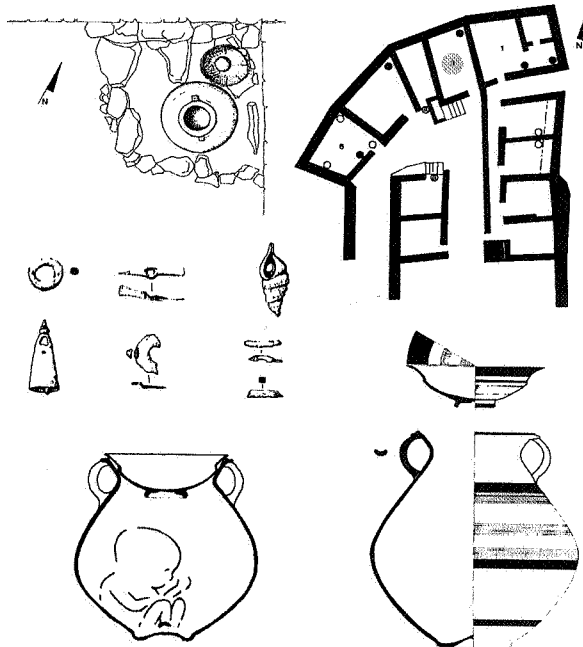


Fig. 5. Sepultura infantil en el poblado de Castellet de Bernabé (a partir de Guérin *et al.* 1989).

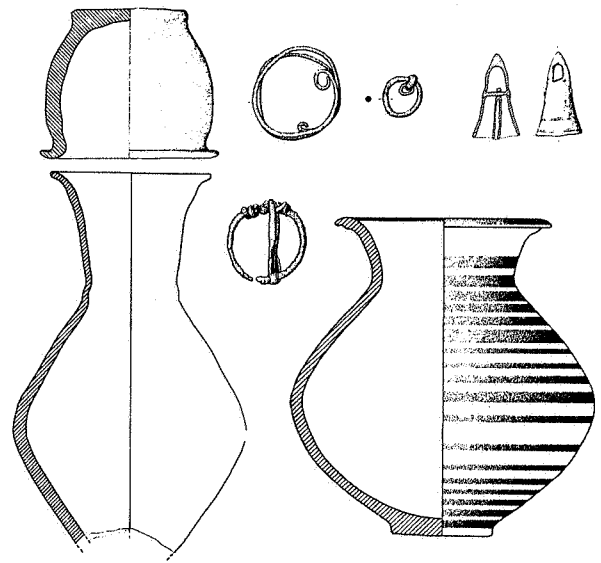


Fig. 6. Sepultura infantil nº 62 de la necrópolis de Los Villares (a partir de Blánquez 1990).

objetos personales que les acompañaban a la tumba. En el departamento 3 de Castellet de Bernabé se encontró una elaborada sepultura con la inhumación de un niño entre 5 y 7 meses (Fig. 5). Le acompañaban cuentas y colgantes, entre ellos una alcazaba en miniatura y una campanita de bronce. El sentido que los descubridores dan a estos objetos es el de amuletos protectores (Guérin *et al.* 1989: 67). Ya se ha señalado que en este yacimiento los restos infantiles son entendidos como sacrificios relacionados con las remodelaciones de las estructuras de hábitat. Sin embargo, no debemos dejar de pensar que quizás unidades de producción como la que representa Castellet de Bernabé, alejadas en cierta medida del poblado principal (Tossal de S. Miquel) y por tanto de sus correspondientes necrópolis, podría optar por enterrar a los niños muertos de forma natural en sus propias dependencias, puesto que para ellos existía una normativa menos rígida.

De nuevo nos encontramos con dos inhumaciones asociadas a su ajuar en el contexto funerario de El Cigarralejo (Cuadrado 1987: tumbas 104 y 201). Llevaban anillos, colgantes y cuentas de collar de pasta vítrea, y sus cuerpos se habían introducido en un recipiente cerámico cuidadosamente cubierto. Lo mismo puede decirse de tres individuos menores de 1 año que recibieron sepultura en la necrópolis de Los Villares (Albacete) (Fig. 6), si bien en esta ocasión fueron quemados previamente al igual que cualquier adulto (Blánquez 1990: tumbas 5, 36 y

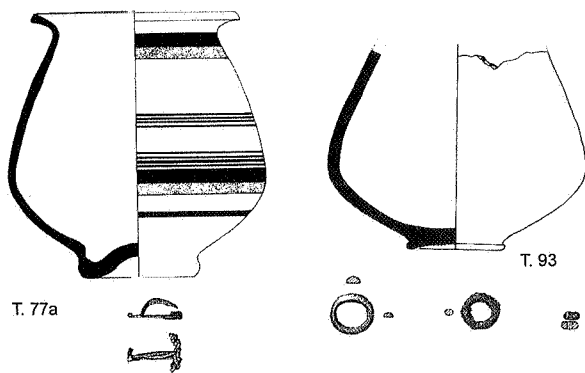


Fig. 7. Sepulturas infantiles n° 77a y 93 de la necrópolis de Cabezo Lucero (a partir de Aranegui *et al.* 1993).

62). Los restos fueron cuidadosamente introducidos en un recipiente y acompañados en dos ocasiones de urnas alargadas con su correspondiente vasito de cubrición. Las fíbulas presentes en las tres sepulturas parecen indicar que los cuerpos fueron envueltos, o que llevaron sus propias ropas. No faltan las campanitas de bronce ni las cuentas de piedra, de pasta o de metal. También fueron quemados los restos infantiles de las tumbas 77A, 93 y 94 de la necrópolis de Cabezo Lucero (Aranegui *et al.* 1993: 266-267), con un ajuar más pobre de cuentas de pasta vítrea (Fig. 7).

Si pudiéramos discriminar los restos femeninos y masculinos en estas tempranas edades seríamos capaces de advertir la forma en la que los niños y niñas van adquiriendo su apariencia física e indumentaria característica, que indicará no sólo su sexo, sino también el grupo de edad al que pertenece, como se ha podido estudiar en otros contextos (Stoodley 2000) (Fig. 8). Aún así, los ejemplos antes aludidos nos dan una idea del aspecto que podían tener los niños de muy corta edad, a los que se asociaban elementos de adorno personal como cuentas de collar y otros colgantes que debieron tener una finalidad protectora. Un caso especial lo constituyen las campanitas, que no se reducen únicamente al ámbito infantil, pero que cumplen un papel significativo en este tipo de ajuares, y no sólo en el mundo ibérico (Gómez Bellard y Gómez Bellard 1989). Guérin *et al.* (1989: 67) recuerdan que al sonido que emiten se le suele otorgar un papel de defensa contra el mal de ojo, y que por ello protegen tanto a niños como a hombres y animales. No hay que desechar igualmente una función práctica, ya que puestas en las cunas o en la cintura de los bebés advierten de los movimientos y la situación de éstos. Respecto a la vestimenta, dos pequeños exvotos de Collado de los Jardines (Fig. 9) nos muestran un sistema que ha sido muy empleado a

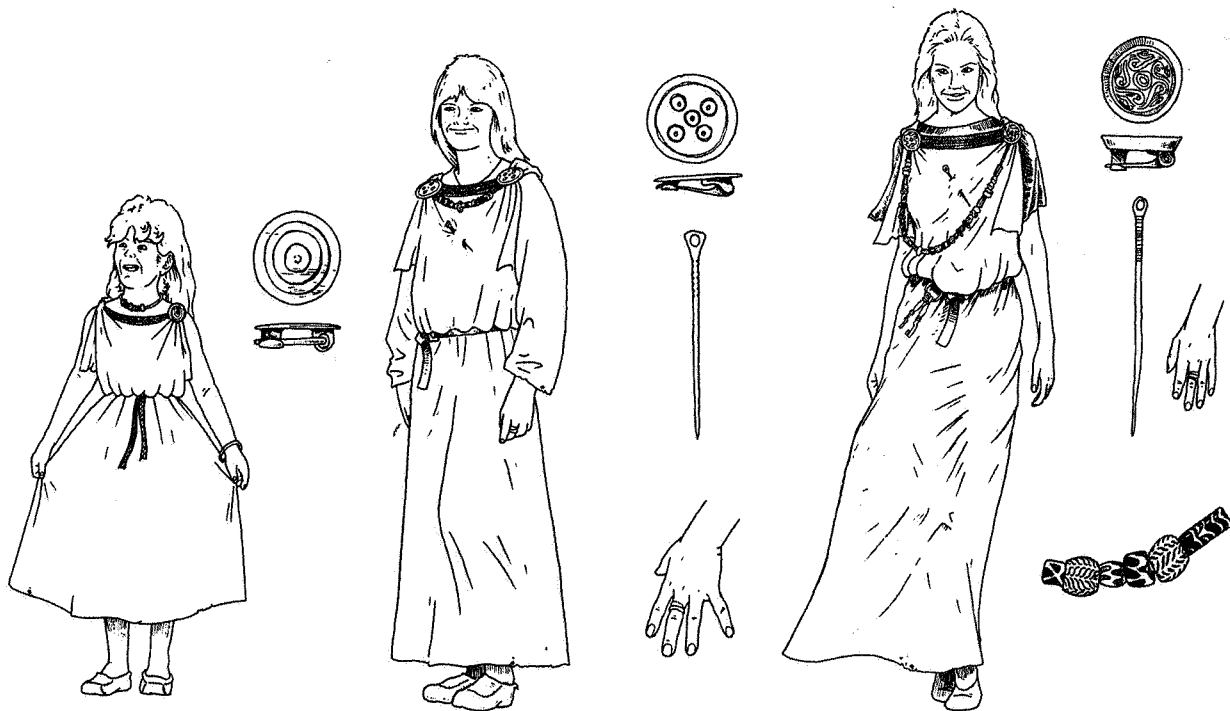


Fig. 8. Cambios de edad asociados a cambios en el vestir en el mundo anglosajón (según Stoodley 2000)



Fig. 9. Exvoto de bronce representando un niño de corta edad procedente de Collado de los Jardines (Fotografía: M.A.N.)

lo largo de la historia, y que consiste en envolver al niño en una tela dejando únicamente libre la cara, para evitar malos movimientos y posibles rasguños y magulladuras (Prados 1997: 275). El propio Galeno explica las ventajas de este método, y cómo se deben ir liberando las distintas partes del cuerpo conforme el bebé va creciendo (Rousselle 1986: 237).

Todos los elementos citados nos revelan cuáles fueron los objetos que pudieron ligarse a los niños poco después de su nacimiento. Si bien ninguno de ellos es exclusivamente infantil, el conjunto nos proporciona unas ciertas pautas de lo que cabría esperar que acompañara a un niño en su vivienda. Podemos empezar a rastrear así su existencia cuando nos encontramos con piezas de este tipo mezcladas con las que conforman los ajuares domésticos. Un ejemplo lo constituye el departamento 111 del Tossal de Sant Miquel de Liria, donde se encontraron pequeñas cuentas de collar y una campanita (Bonet 1995: 255-257), posibles indicios de la presencia de un bebé en la casa, lo que podría ocurrir igualmente en el departamento 4. La iconografía ibérica, sin embargo, no ha recogido estampas de los niños más pequeños, al contrario de lo que ocurre en el mundo griego, donde aparecen como bebés gateando desnudos y protegidos por sus amuletos en las pinturas que decoran sus propias jarritas (Beaumont 1994: 81, fig. 5).

Pero si algo caracteriza a los niños es la presencia de juguetes (Plati 1999), un medio a través del cual no sólo consiguen diversión, sino el aprendizaje de habilidades y reglas que les permiten desarrollar sus facultades y conocer las normas y los sistemas que fundamentan el "juego" social. Aunque en el caso de los bebés sus tipos pueden ser indiferenciados, pronto empiezan a aparecer elementos discriminadores que, junto con el vestido, las costumbres y la cultura en general amoldan a las niñas al rol femenino, y a los varones al masculino (Sofaer

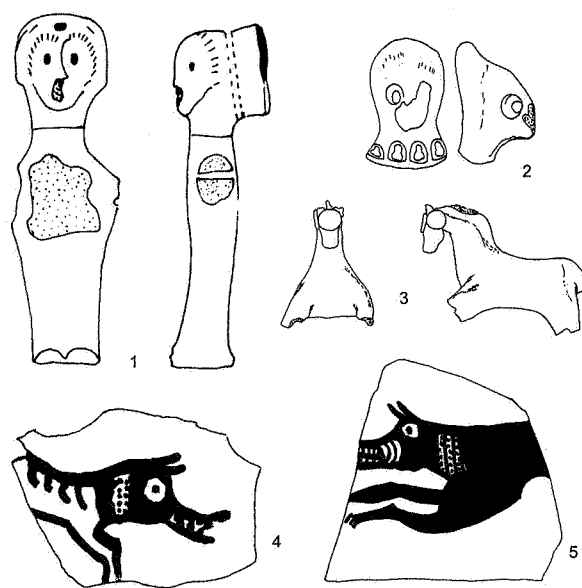


Fig. 10. Figurillas de barro cocido y fragmentos cerámicos con imágenes de lobo. Poblado de Tossal de Sant Miquel de Liria (a partir de Bonet 1995).

Derevenski 1997). Como se ha indicado, son muy pocos los objetos que pueden ser claramente interpretados como elementos de juego, puesto que en la mayoría de los casos se trata de piezas naturales o realizadas en materiales perecederos.

Un ejemplo especial lo constituye una figurilla femenina de brazos articulados que fue recuperada en el departamento 49 del Tossal de Sant Miquel de Liria (Bonet 1995: 484, lám. XXVIII). Fue decorada con técnica de pellizco, y representa a una mujer con tocado de tipo casquete y túnica larga (8,24 cm. alto y 2.7 cm. de ancho), conservándose aún restos de pintura sobre su superficie (Fig. 10.1). Apareció en una zona de gran desnivel en la que se documentaron departamentos irregulares y de dimensiones reducidas, lo que provocó una fuerte incidencia de la erosión y por tanto de pérdida de materiales. Tanto en este departamento como en el vecino nº 50 había otros materiales, como vasitos caliciformes que suelen aparecer en la mayoría de las viviendas, y además en este último se localizó una sepultura infantil, mientras que del nº 49 procede una inscripción ibérica sobre plomo. Otras figuritas semejantes, aunque más toscas, se han encontrado también en el departamento 3 del Puntal dels Llops de Olocau (Bonet 1995: 484). En otros recintos del Tossal de Sant Miquel como los nº 67, 73 o 114 hay figuritas de terracota, en un caso una cabecita femenina (Fig. 10, 2-3), y en otros un jinete

o una cabeza de un posible caballo, uniéndose este último a un juego de fichas circulares de cerámica (Bonet 1995: 105-6). Otros hallazgos fuera de contexto parecen indicar que este tipo de piezas era bastante frecuente (Bonet 1995: 298). Es evidente que no se puede asegurar que estas figuritas formen parte exclusivamente del mobiliario infantil, pero resultan coherentes en esta lectura, si imaginamos que las casas fueron ocupadas por niños tanto como por adultos.

Es posible además que algunas manufacturas de tecnología sencilla y de dimensiones adaptadas a sus pequeños usuarios fueran empleadas por los niños, y en ocasiones incluso fabricadas por ellos. La habilidad infantil para modelar objetos reconocibles es una actividad siempre valorada por el mundo de los adultos, como recoge Aristófanes en su obra *Las Nubes* (877-881) cuando Estrepsíades alaba las capacidades de su hijo en este sentido (Golden 1990: 11). Además pronto los niños empezarán a convertirse en aprendices de manufacturas artesanas, tanto para su propio uso como por su introducción a un oficio especializado que requerirá un largo tiempo de formación (Kamp 2001b), otro aspecto que requiere un análisis más detallado (Finlay 1997).

En algunas tumbas ibéricas se han recuperado vasitos hechos a mano que parecen ligarse al universo infantil, ya sea como elementos de juego o como una vajilla acorde con sus jóvenes usuarios. El caso que proponemos aquí es el de la excepcional tumba 51 de la necrópolis ya citada de Turó dels Dos Pins. Consiste en un hoyo excavado en el suelo natural con unas dimensiones de 1,12 m. de ancho máximo y 0,82 m. de profundidad. Encontramos en ella un grupo familiar, como reconocen sus propios excavadores (García i Roselló 1993: 107). Todos los individuos habían sido incinerados, introduciéndose los restos de un varón adulto en un ánfora, otro varón adulto junto con un niño en una jarra ibérica grande con dos asas, un adulto indeterminado junto a otro niño en una urna con tapa, y dos urnas con tapa más conteniendo a un niño cada una de ellas. En una cuarta urna tapada se contenían huesos sin quemar de ovicáprido y un huevo de gallina completo, mientras que en una pátera tipo "*phiale mesonphalos*" con inscripción quedaron depositados otros restos de ovicáprido y de ave. Un juego de 12 astrágalos igualmente de ovicáprido habían sido quemados en la pira y aparecieron agrupados en el interior de la tumba.

Por el dibujo que ofrece la reconstrucción de la

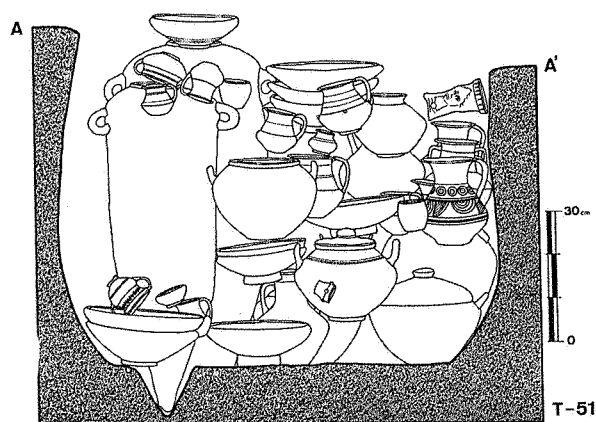


Fig. 11. Reconstrucción de la tumba nº 51 de la necrópolis de Turó dels Dos Pins (según García i Roselló 1993).

tumba (Fig. 11) parece que los vasos que contenían los restos humanos se colocaron preferentemente en el fondo de la fosa, mientras que el resto se distribuyó aprovechando los espacios libres. La variedad y cantidad de piezas enterradas hace pensar en que se incluyó buena parte del ajuar cerámico propiedad de la familia, si bien el hecho de que algunas piezas no presenten indicios de uso hace sospechar que su finalidad fue estrictamente funeraria. En todo caso, estos individuos se acompañaron de un rico ajuar vinculado al consumo de comida y bebidas, pero no con aquellos elementos ligados a su producción.

Las piezas que hipotéticamente podrían relacionarse con los niños, al margen de que todas ellas forman un ajuar que afecta como conjunto a los individuos enterrados, son los siete pequeños vasos hechos a mano que se recuperaron junto con el resto de las piezas (Fig. 12). En el mundo ibérico, a pesar del predominio casi total del torno en la fabricación cerámica, se mantiene una cierta costumbre de realizar algunos vasos a mano, sobre todo en el contexto doméstico de carácter culinario (Martínez 1996). Sin embargo, raramente estos recipientes son considerados adecuados para incorporarse a los ajuares funerarios, y de hecho, estos siete vasitos se vinculan por su forma a la bebida más que propiamente a la cocina. Hay que reconocer que en la misma necrópolis se han recuperado vasos formalmente semejantes en las tumbas 50 y 85, asociándose a enterramientos de adultos. Sin embargo, lo que sorprende en la tumba 51 son las pequeñas dimensiones de los mismos, puesto que si los de las tumbas citadas miden 11 y 12,4 cm. de altura, los de la tumba 51 se sitúan entre 4 y 8 cm.

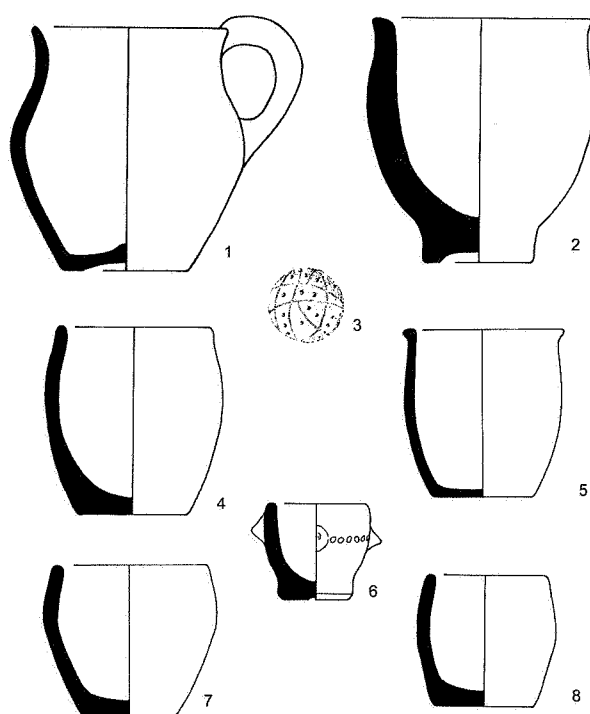


Fig. 12. Vasitos a mano y bolita de arcilla de la tumba 51 de Turó dels Dos Pins (a partir de García i Roselló 1993).

Los ajuares miniaturizados no son frecuentes en el ámbito ibérico, pero existen, como se puede observar en la tumba 214 de El Cigarralejo, con un equipo variado de tamaño reducido ligado a los restos de un niño de entre 7 y 10 años (Cuadrado 1987: 396). Otro caso puede ser el de la sepultura 63 de Coimbra del Barranco Ancho (Fig. 13), en cuya fosa se recogió una pequeña botella, una macita cerámica con dos cabezas de ave, punzones de hueso, fusayolas, cuentas de collar y conchas, proponiendo ya sus excavadores que podría tratarse del enterramiento de una niña (García Cano 1997: 192, fig. 84 y 1999: 78-79). La excavación extensiva de necrópolis en el ámbito celtibérico y vacceo ha revelado también ajuares de este tipo, como sucede en las tumbas 5 y 12 de la necrópolis de Las Ruedas (Valladolid) (Sanz Mínguez 1997: 55-60).

Ciertamente, algunos de los “juguetes” más populares a lo largo de la historia han sido los animales jóvenes o de pequeño tamaño, que se convierten en mascotas infantiles. Nos faltan análisis óseos detallados que confirmen la presencia de fauna de este tipo que pudiera haber acompañado a los niños en sus sepulturas, pero un indicio nos lo ofrece el conocido cipo de Coimbra del Barranco Ancho en Jumilla (García Cano 1997: 264-5, láms. 58-9). Dos

de los jinetes que avanzan por las caras laterales del bloque muestran los cascos de sus caballos pisando dos figuras: un posible conejito y un ave, además de una pequeña cabeza humana que puede simbolizar a la propia muerte (Olmos 1999: 87.1). Resulta tentador pensar que la muerte o la transformación del niño o joven cuya figura es acogida por el personaje sedente, implica también la de los elementos y símbolos que irían unidos a él, aunque esta lectura no deja de ser una propuesta más a espera de confirmación. La tumba 70 de esta necrópolis, que sus excavadores relacionan con el cipo, presentaba restos de conejo incluso en el interior de la urna cineraria (García Cano 1999: 161).

Como atributos infantiles ligados al sexo femenino pueden considerarse las bolitas de arcilla decoradas, que en muchos otros lugares del Mediterráneo están claramente vinculadas a las niñas y jóvenes aún solteras (Strömberg 1998: 22). Era una costumbre que poco antes de la boda estas esferitas se ofrecieran a Perséfone como un símbolo de la infancia que se deja atrás, y que ha sido protegida

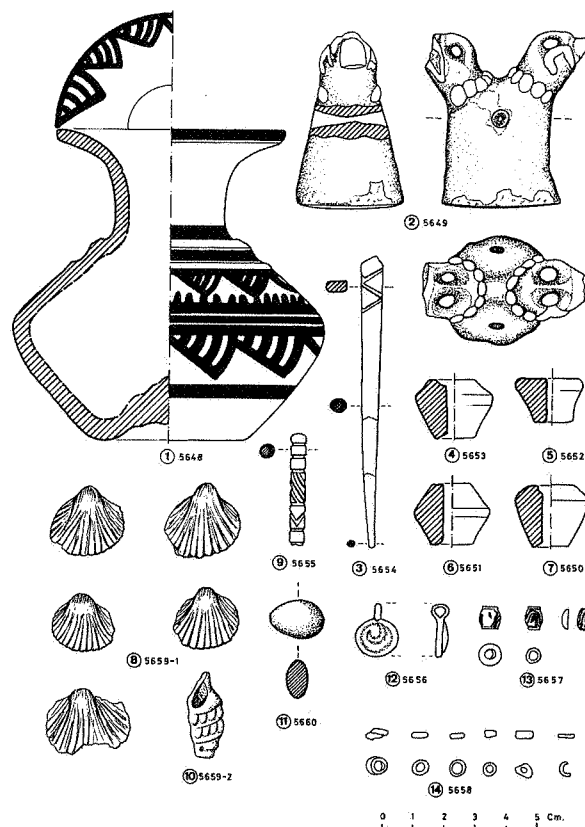


Fig. 13. Ajuar de la tumba 63 de la necrópolis de Coimbra del Barranco Ancho (según García Cano 1997).

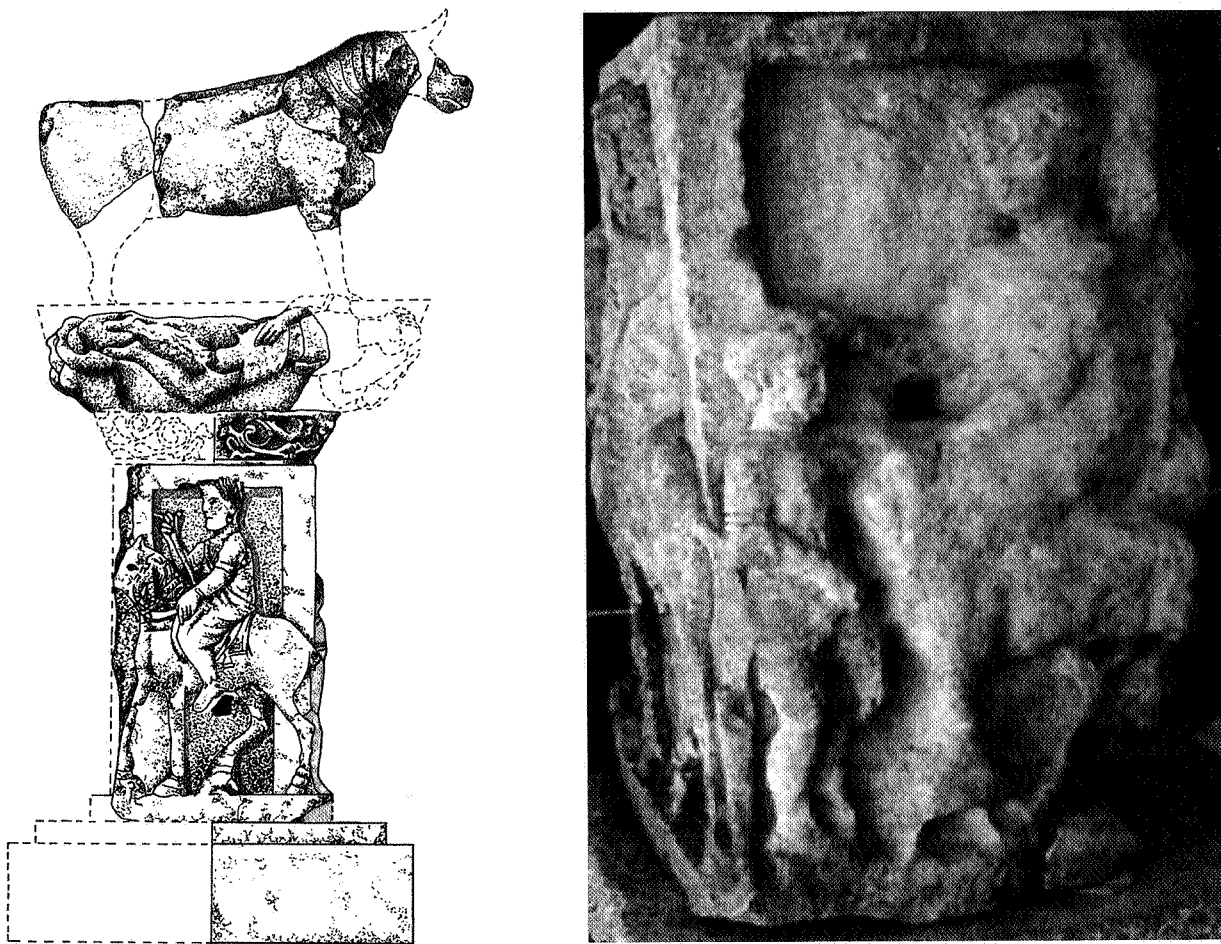


Fig. 14. Cipo de piedra procedente de la necrópolis de Coimbra del Barranco Ancho (según García Cano 1997 y Proyecto Imagen Ibérica del CSIC).

por la diosa. En contextos funerarios son interpretadas, por lo tanto, como indicadores de la presencia de jóvenes solteras, que en la muerte buscan también la protección divina (Sourvinou-Inwood 1978: 108). Un ejemplar de este tipo se ha encontrado de nuevo en la tumba 51 del Turó dels Dos Pins (García Roselló 1993: 121, n° 66), por lo que cabe suponer que uno de los tres niños enterrados fuera de sexo femenino. Como ofrendas relacionadas con la "Tanit" ibérica hay que citar igualmente la estructura L127A de La Albufereta, donde junto a muchos otros elementos de carácter ritual figuraba una de estas piezas (Rubio Gomis 1989: fig. 98, n° NA5305).

Otros elementos que aparecen con mucha frecuencia tanto en las casas como en las tumbas son los conjuntos de dados, fichas circulares de cerámica y tabas de ovicáprido, para los que se han

propuesto diversas lecturas, pero que indudablemente tienen una probable vertiente lúdica. Aún así, falta un estudio detallado que permita evaluar estos hallazgos como conjuntos, de forma que se sepa cuántas unidades suelen formarlos, sus características y sus posibles usos diversificados (García Cano 1997: 185-187 y 251-254 con un estado de la cuestión para estos tipos de piezas). Resulta claro que los niños demasiado pequeños no estarían en condiciones de dominar este tipo de juegos, pero cuando alcanzan edades superiores a los 7-8 años ya podrían participar en ellos. Sin embargo, la presencia de las tabas no es frecuente en las sepulturas infantiles o juveniles, si bien tenemos el caso de la tumba 70 de Coimbra del Barranco Ancho, que entre su rico ajuar incluye un número elevado de astrágalos (Iniesta Sanmartín *et al.* 1987).

CUENTOS, LEYENDAS E ICONOGRAFÍA

Las imágenes ibéricas han sido parcas en la representación de los niños. Sólo tenemos evidencias de los recién nacidos en función del culto a la diosa curótrofa anteriormente aludido. Terracotas como las de La Albufereta o Cabecico del Tesoro responden a modelos típicamente mediterráneos, y podrían haberse encontrado en muchos otros lugares sin que advirtiéramos una procedencia diversa. Sin embargo, ésto no ocurre con la conocida pieza hallada en La Serreta de Alcoy (Grau Mira 1996; Olmos e.p.), en la que la divinidad sedente (Fig. 14.1), magnificada por su tamaño y por su posición dominante, es rodeada por los devotos que toman parte en sus rituales de culto. Entre sus brazos, dos bebés son amamantados directamente por la diosa, flanqueada por el ave que constituye uno de sus símbolos más directos. No sería imposible que otro pájaro se situara simétricamente en el lado opuesto del trono, puesto que también existe en esa zona un pequeño espacio horizontal que podría ser soporte para una piececita como aquella, modelada aparte y pegada a la principal, que por lo tanto habría podido perderse con facilidad. En los laterales, dos parejas de mujeres y niños o niñas, en uno de los casos tocando ambos la doble flauta. Poco hay que añadir a las reflexiones planteadas por Olmos, pero no debemos dejar de constatar que estamos ante los tres dominios directos de la diosa: los lactantes, los niños y las mujeres de cualquier edad. En este contexto se documenta la música, algo tan invisible arqueológicamente y que sin embargo tendría una gran importancia en el ciclo vital y ritual ibérico, precisando unas enseñanzas específicas que se transmitirían en esta edad temprana.

Otra joven, que decora en altorrelieve un monumento de Osuna (Sevilla) (Fig. 14.3), se representa también tañendo la doble flauta, un instrumento típico del Mediterráneo en aquellos momentos (Castelo Ruano 1989). Su carácter juvenil fue puesto de manifiesto ya por García Bellido (1943: 77-80 y 85) (9), y ratificado por Negueruela (1992), León (1998: 97-8) y Olmos (1999: 75.4). Sus largas trenzas no cuelgan a los lados de la cabeza, sino que se enrollan en torno a la misma, siendo la falta de

(9) La propuesta de García Bellido (1943: 85) se extiende también a la figura que aparece en la otra cara del sillar: «...yo no me atrevería a desechar como imposible la idea de que esta flautista y aquel ser cubierto de capa pretendiesen ser, en realidad, dos muchachos impúberes consagrados como servidores a la divinidad indígena a la que estuviese dedicado el templo (?), del que probablemente, formaron parte estos relieves».

velo uno de los elementos más evidentes de su inmadurez social. Otras dos mujeres ocupan otras posiciones de esquina quizás del mismo monumento, y esta vez van cubiertas, aunque con un velo corto en un caso y largo en otro. Estamos probablemente ante diferencias no tanto de rango social como de edad, algo que, quizás con algo de imaginación, se aprecia también en el rostro de los tres personajes. El peinado de trenzas como atributo infantil es un elemento que ha sido también resaltado por Izquierdo (2000: 253-260) en relación a las “damitas” de Mogente (Fig. 14.2), aunque en este caso la disposición de las mismas permite pensar en un tocado postizo que cubre la cabeza y se prolonga sobre los hombros. Las acertadas reflexiones de la autora nos hacen apreciar el peso no sólo de lo femenino sino también de lo juvenil en relación con el ritual funerario de la necrópolis, así como la importancia que alcanza la imagen de la mujer en la cultura ibérica a partir del siglo IV a.C.

Su contrapartida masculina la encontramos en el pilar-estela de Coimbra del Barranco Ancho (García Cano 1997: 264-270), donde en vez de niñas encontramos guerreros decorando la gola del monumento (Fig. 15). El cipo de sustentación incluye en su escena principal a un niño que parece portar un cuchillo, y que recibe la protección de un importante personaje sedente. A sus espaldas tres jinetes desfilan, uno de ellos con un claro gesto de lamentación. Si nos enfrentáramos sólo a la escena central extrayéndola además de su contexto funerario, pensaríamos en un rito de paso, en el que el personaje maduro incorpora al infante a una nueva categoría social, en la que las armas, aún sencillas, empiezan a ser un elemento fundamental.

Aunque Quesada (1997 II: 638) opina que el armamento podría asociarse ocasionalmente a los varones, niños o jóvenes, por razón de su sexo y estatus, cuando se revisa el conjunto de tumbas de algunas necrópolis ibéricas, puede observarse que es muy rara la inclusión de armas en los ajuares infantiles, y que esto no ocurre nunca si los niños son pequeños, salvo que les acompañe un adulto. La tumba 18 de Coimbra del Barranco Ancho asocia *soliferreum* y regatón a un niño de entre 11 y 14 años (García Cano 1999: 102), y en todo el conjunto del Cigarralejo no hay armas antes de la edad juvenil (Quesada 1998). El niño de Coimbra no esgrime ningún elemento de la panoplia guerrera, sino simplemente un cuchillo. No ha llegado por tanto a una edad suficientemente madura, pero sus posibles atributos infantiles, como se ha dicho anteriormen-

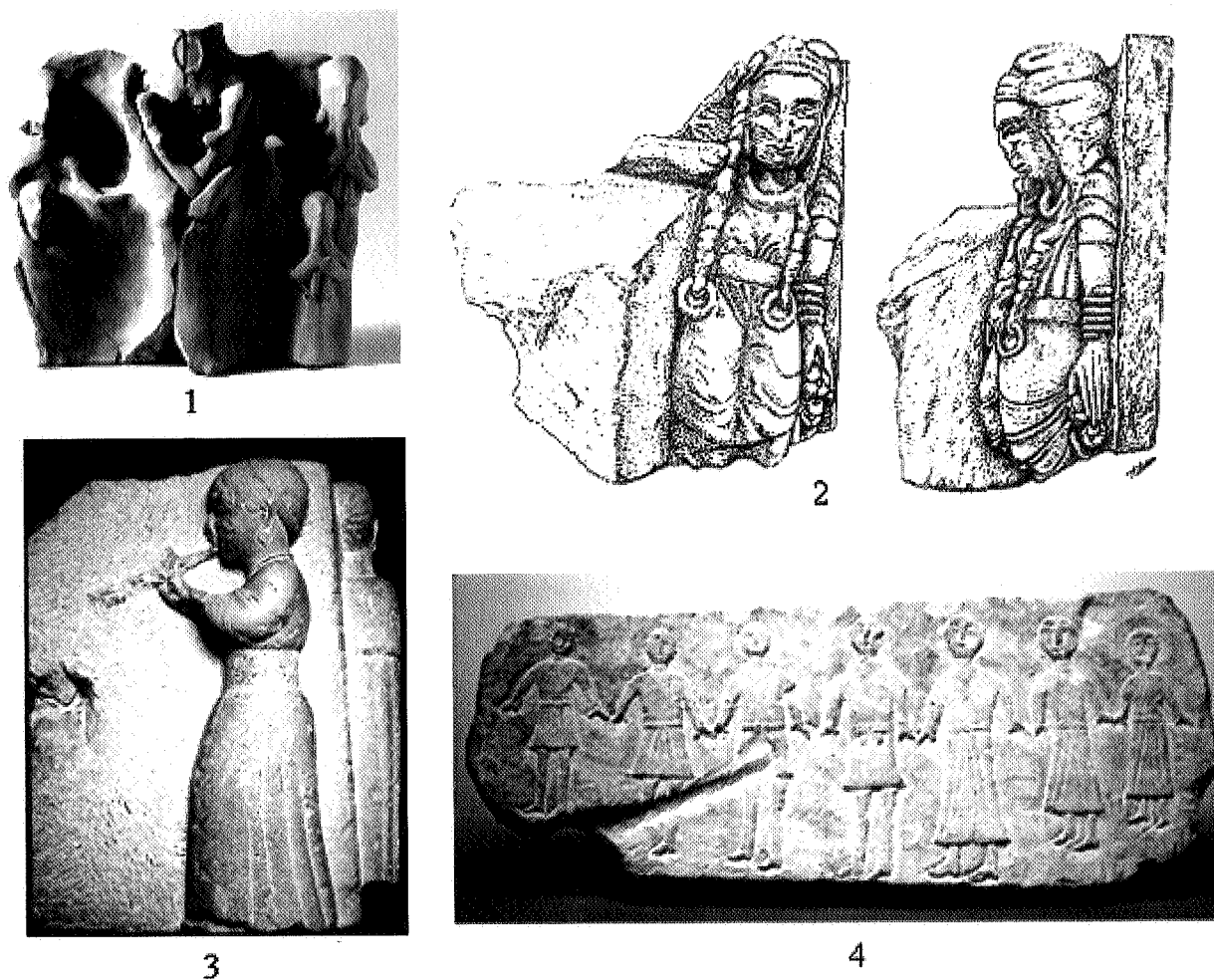


Fig. 15. 1: Terracota de La Serreta de Alcoy; 2: "Damita" del Corral de Saus de Mogente; 3: Flautista de Osuna; 4: Relieve familiar bastetano (1, 3 y 4: Proyecto Imagen Ibérica del CSIC; 2: a partir de Izquierdo 2000).

te, quedan bajo los cascos de los caballos, quizás por la muerte prematura del infante, quizás porque deja atrás esa primera infancia con la simbólica imposición de manos del personaje principal.

En otro lugar hemos propuesto la importancia que adquiere el linaje familiar a partir de la fase plena de la cultura ibérica (Chapa e.p.), lo que queda reforzado con la lectura que hace Olmos (1999: 73.3) del relieve giennense tradicionalmente denominado como "danza bastetana" (Fig. 14.4), y que en su lectura aparece como un grupo familiar en el que los varones y las mujeres se diferencian por su vestimenta, atribuyendo a la edad el distinto tamaño que muestran los personajes. Se trataría por tanto de una familia compuesta por los padres y cinco hijos –tres chicos y dos chicas– que se presentan ante la divinidad extendiendo sus manos. Las uni-

dades familiares ganan terreno en una sociedad cada vez más diversificada y compleja, en la que las bases organizativas de los núcleos urbanos que constituyen los territorios étnicos tienen en aquellas los cimientos más sólidos (Ruiz 2000: 19).

Pero los niños debieron formar una parte importante del ideario fundamental de la sociedad ibérica. Relatos como el de Gargoris y Habis aluden a la presencia de un reino mítico en el que un niño –Habis– es víctima de un pretendido infanticidio por vía de su exposición en plena naturaleza, una situación que debería tener como resultado el fallecimiento del bebé. Sin embargo, no sólo es respetado por los animales, sino alimentado por ellos debido a la protección de los dioses. En sus primeros años vive en plena naturaleza, pero después, reconocido finalmente por su padre, accede al trono

y se convierte en un poderoso legislador. Se ha paralelizado este mito con los existentes en el mundo próximo-oriental, griego y latino (Bermejo Barreira 1982: 80-81; Almagro-Gorbea 1996: 52-53), y este paso por el mundo de lo salvaje se conmemorará en muchos ritos iniciáticos relacionados con los jóvenes de estas sociedades (Schnapp 1997 para el mundo griego; Frascetti 1997 para el romano, ambos con abundante bibliografía), lo que probablemente sucedió también en el mundo ibérico (González Alcalde y Chapa Brunet 1993).

La característica del héroe mítico es que su destino no puede torcerse sino por voluntad de los dioses. Éste es probablemente el caso del personaje cuyas hazañas se conmemoran en el monumento funerario turriforme de Pozo Moro, en Albacete (Almagro-Gorbea 1983). Leído como la yuxtaposición de escenas correspondientes a las aventuras de un héroe (Olmos 1996; Prieto 2000), éste se nos representa como niño casi indefenso que va a ser consumido en un banquete infernal, para aparecer después, supuesta su salvación, como joven y adulto que afronta otros peligros y se aparea con una diosa de apariencia zoomorfa. Habis y el héroe de Pozo Moro constituyen una evidencia de lo importantes que debieron ser los relatos orales en la configuración de la ideología dominante, con alusiones a un pasado remoto, inmutable y justificativo del orden social correspondiente. Estas leyendas incluyen a niños, y constituyen un modelo, aunque fuera inimitable, de lo que constituye el referente del modo de vida aristocrático, y por extensión, de toda la sociedad. Por ello debieron ser relatos conocidos y compartidos por personas de todas las edades, si bien en estos casos se busca una identificación prioritaria con el mundo masculino.

El conjunto de Porcuna (Negueruela 1990) incluye un par de alusiones a los niños (Fig. 16). Una de ellas es la que se asocia a la escultura femenina que González Navarrete (1987: 107-110) bautizó como "gran sacerdotisa" (Fig. 16, 5-6). Los dedos de una mano infantil se representan junto a su brazo izquierdo. La segunda escultura corresponde al vientre, el sexo, los glúteos y el arranque de los muslos de un niño desnudo, en una posición forzada (Fig. 16.3), puesto que levanta una pierna. Este detalle hizo pensar a Blanco (1988: 5-7) que ambas piezas pudieran formar parte de un mismo conjunto, en el que la dama sujetaría fuertemente a un niño que, percatándose de que iba a convertirse en víctima de un sacrificio, se resistiría a participar en el ritual. El propio autor consideraba

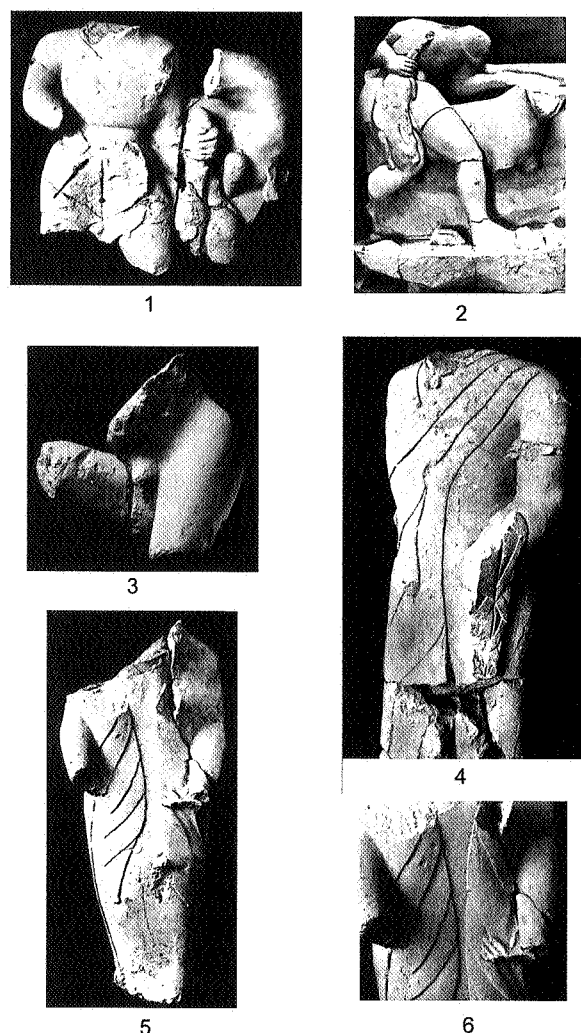


Fig. 16. Relieves y esculturas de piedra de Porcuna (a partir de González Navarrete 1987).

improbable la hipótesis, que ha sido rechazada posteriormente (León 1998: 86). Una de las cosas que hizo sospechar a Blanco fue que el ritual del sacrificio se contextualizaría mejor en un entorno fenicio-púnico que en el ambiente griego que parece inspirar las esculturas. Si nos centramos en este enfoque, y teniendo en cuenta que el monumento viene siendo considerado como la expresión material de un mito justificativo de la aristocracia local, cabría pensar que la escena representara al héroe fundador acogido por sus padres o cuidadores después de su nacimiento, al estilo de Erichonios, antepasado autóctono de los atenienses (Loraux 1981: 28-29, láms. 3-5a). No es preciso que el recién nacido tenga la apariencia de un bebé. En

la iconografía clásica, dioses y héroes son representados como adultos de tamaño inferior, como si ya desde niños se pudiera entrever su destino final (Schnapp 1997: 31; Vollkommer 2000: 374). Otra propuesta más que deberá ser comprobada con hallazgos futuros.

Y para finalizar, un cuento de miedo. En el monumento de El Pajarillo (Huelma, Jaén), se nos presenta una escena (Fig. 17) en la que un varón armado con una falcata y protegido por espinilleras y un grueso manto enrollado sobre su mano izquierda, se dispone a abatir a una fiera. Se trata de un gran lobo cuya cabeza, de 50 cm de longitud, encajaría proporcionalmente en un cuerpo de unos 2 m de largo, lo que da idea de la exageración otorgada al carnívoro, convertido así en monstruo. El objeto de la disputa es un niño, un varón del que apenas se conserva más que su parte central —curiosa coincidencia con el ejemplar de Porcuna—, desnudo, espera ser salvado del peligro que supone el animal. La lectura del monumento como un mito de carácter fundacional y territorial ha sido ya expuesta con detalle (Molinos *et al.* 1998), tomando como modelo otros casos mediterráneos (Visintin 1992), pero de nuevo es preciso resaltar que estas imágenes no fueron mudas, sino la expresión de un relato que correría de boca en boca y que se repetiría en rituales conmemorativos temporalmente espaciados.

La víctima es un niño, y aunque la historia acaba bien, podría generar un punto de ansiedad y miedo. Es una versión particular del famoso “que viene el lobo” o del “hombre del saco”. Los estudios sobre los efectos de los relatos conocidos en la población, especialmente la infantil, no son muchos, pero resaltan el papel del cuento como vía de transmisión de las claves culturales e ideológicas básicas (Johnston 1995; García Teijeiro y Molinos Tejada 2000, citado en García Teijeiro 2001). Probablemente en la zona del río Jandulilla, en cuyo nacimiento se emplazó el monumento, los niños escucharon muchas veces esta aventura, y se les advirtió de que, si no se comportaban debidamente, ellos podían ser el objetivo del depredador. No puede ser casual que en algunas viviendas del Tossal de Sant Miquel de Liria se conserven los fragmentos de cerámica que tenían como decoración una figura de carnívoro (Bonet 1995: fig. 145, 22, 23 y 83). Sin embargo, al llegar a su juventud, los guerreros ibéricos aprenderán a dominar al lobo y a adquirir sus cualidades (Almagro Gorbea 1997). Su infancia habrá quedado atrás.

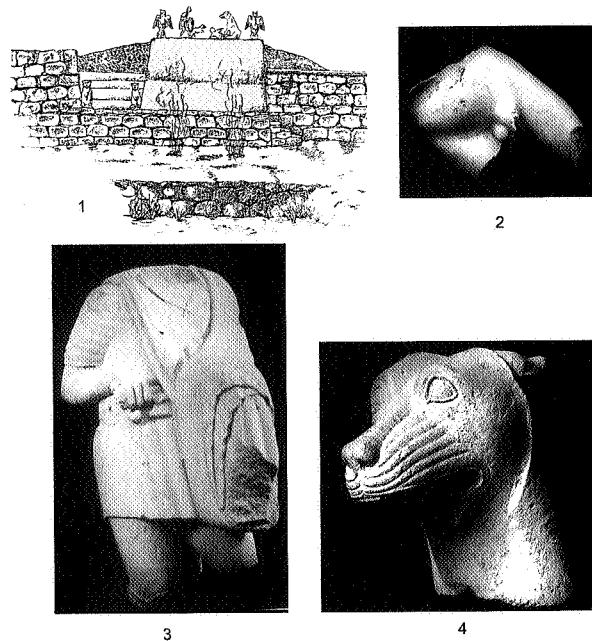


Fig. 17. Reconstrucción y esculturas del santuario de El Pajarillo.

CONCLUSIÓN

Al final de todas estas reflexiones queda de nuevo patente la dificultad para definir las características de la infancia en el mundo ibérico. Las poquísimas sepulturas de lactantes y la diversidad de su ritual —inhumación e incineración— nos vuelven a plantear la escasa rigidez de la normativa funeraria. Queda la impresión, una vez más, de que sólo encontramos aquellos niños que forman parte de ciertas familias bien situadas, que les proporcionan un ajuar limitado, pero personal. El desarrollo del culto a la divinidad femenina que tanto arraigo tuvo en el área ibérica a partir al menos del siglo IV a.C., presentó una vertiente directamente ligada a la protección de la mujer, especialmente en su función maternal. Esto parece indicar que los niños, al menos los más pequeños, quedaron bajo la esfera femenina, una etapa fundamental en la conformación de la personalidad y en el aprendizaje cultural, que implica la asimilación del lenguaje (Porter Pole 1994: 850). Los amuletos y cuentas que se les asocian indican la búsqueda de protección contra cualquier tipo de mal, y las terracotas que muestran a la divinidad como curótrofa señalan las expectativas sociales de la mujer como reproductora y ligada al ambiente doméstico. Guérin (1999: 93) señala que este papel se reforzó a fines del siglo III a.C., cuan-

do debido a la inestabilidad generalizada, los varones pasarían mucho tiempo ausentes, quedando los bienes familiares a cargo de las mujeres, y adquiriendo éstas un papel importante en su transmisión hereditaria. La existencia de tumbas femeninas de importancia en las que, sin embargo, no se amortizan objetos valiosos que parecen reservarse a las futuras generaciones, podría aportar una reflexión en el mismo sentido aunque arrancando desde un momento anterior (Chapa y Pereira 1991).

Entre los 5 y los 7 años los niños dan un salto cualitativo en el desarrollo de sus capacidades y en su autonomía personal. A partir de esta edad se inicia el aprendizaje fuera del hogar en el ámbito griego, y comienzan a marcarse con más fuerza las distancias entre el género masculino y el femenino. No sabemos qué tipo de modificaciones aparejaba esta edad en el mundo ibérico, pero observamos que desde tempranas edades algunos saben tocar la doble flauta, por lo que puede aventurarse que una de las primeras enseñanzas se relacionaba con la música. Algo mayor de esta edad, pero no mucho, podría ser el niño representado en el cipo de Jumi-lla, que recibe la protección de un personaje relevante. Va vestido como un típico varón ibérico, pero sin armamento de importancia ni manto. La joven que toca la doble flauta en Osuna o las que rodean la gola de Corral de Saus llevan también la túnica larga femenina, pero carecen de velo. Son algunos indicios que llevan a pensar en la existencia de una cierta diferenciación en el vestido marcada por el sexo y la edad, que subraya un escalonamiento explícito en la organización de la sociedad ibérica.

Con la llegada de la juventud probablemente se iniciarían los acontecimientos que transformarían definitivamente a los varones en adultos de pleno derecho, y a las mujeres en objetivo de matrimonio. Ambos podrían jugar diversos papeles a lo largo de su vida, siendo uno de ellos el religioso, puesto que sobre los padres de familia y sobre las mujeres parecen recaer responsabilidades sacerdotales en ciertos casos (Chapa y Madrigal 1997; Pereira 1999). Las habilidades de los hombres, sin embargo, parecen hacerse más explícitas a través de la iconografía. Los relieves de Porcuna (Fig. 16, 1-2) en los que se muestra a jóvenes cazadores y luchadores revelan una formación organizada que tiene sus referentes en la *paideia* griega (Schnapp 1997). La relación con la naturaleza y el recorrido por los límites silvestres del territorio doméstico hacen a los futuros adultos expertos en la supervivencia y en las artes de la caza, todo ello útil para su formación como

guerreros y por tanto representantes adecuados de la aristocracia (Ruiz 2000). La falta de armamento de prestigio en las tumbas ibéricas de individuos pre-adolescentes ratifica la hipótesis de que éstas sólo se adquirieron tras una larga etapa de formación, debiendo conformarse hasta entonces con elementos menos sofisticados.

Pero este paso lento hacia el carácter adulto no debió ser una característica general para toda la población. Probablemente muchas personas de rango social inferior fueron dedicadas al trabajo desde su infancia, y no dispusieron de la posibilidad de formarse a niveles más sofisticados. El propio sistema económico y político, así como la guerra interna o las contiendas a nivel más general debieron provocar la existencia de poblaciones dependientes ligadas a la producción –agricultura, pastoreo, minería, artesanado, etc.– (Rawson 1997; Plácido 2000: 94). Son los adultos prematuros, que siempre han configurado una “segunda infancia”, más difícil de rastrear aún que la primera, pero también más numerosa a medida que la sociedad fuera ganando cotas de complejidad y vinculación con otras culturas vecinas. También en eso probablemente el mundo ibérico asimiló los sistemas de su contexto mediterráneo.

BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO GORBEA, M. 1983: “Pozo Moro. El monumento orientalizante, su contexto socio-cultural y sus paralelos en la arquitectura funeraria ibérica”. *Madri-der Mitteilungen* 24: 177-392.
- 1986: “Aportación inicial a la paleodemografía ibérica”. *Estudios en Homenaje al Dr. Antonio Beltrán Martínez*. Universidad de Zaragoza. Zaragoza: 477-493.
- 1996: *Ideología y Poder en Tartessos y el Mundo Ibérico*. Real Academia de la Historia. Madrid.
- 1997: “Lobo y ritos de iniciación en Iberia”. En R. Olmos y J.A. Santos (eds.): *Iconografía Ibérica, Iconografía Itálica. Propuestas de interpretación y lectura*. Serie Varia 3. Universidad Autónoma de Madrid. Madrid: 103-122.
- ALMAGRO GORBEA, M. J. 1980: *Corpus de terracottas de Ibiza*. Ministerio de Cultura. Madrid.
- ARANEGUI, C.; JODIN, A.; LLOBREGAT, E.; ROUIL-LARD, P. y UROZ, J. 1993: *La nécropole ibérique de Cabezo Lucero. Guardamar del Segura, Alicante*. Casa de Velázquez. Instituto de Cultura Juan Gil Albert. Diputación Provincial de Alicante. Madrid-Alicante.
- ARIÈS, PH. 1987: *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*. Taurus ed. Madrid.
- ASTRUC, M. 1951: *La necrópolis de Villaricos*. Informes

- y Memorias de la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas 21. Madrid.
- AUBET, M. E. 1995: "Aproximación a la estructura social y demografía tartésica". *Actas del Congreso Conmemorativo del V Symposium Internacional de Arqueología Peninsular. Tartessos, 25 años después (1968-1993)*. 401-409. Jerez de la Frontera.
- BARRIAL I JOVÉ, O. 1989: "El paradigma de les "inhumacions infantils" i la necessitat d'un nou enfocament teoric". En *Inhumaciones infantiles en el ámbito mediterráneo español (siglos VII a.E. al II d.E.)*. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses* 14: 9-17.
- BEAUMONT, L. A. 1994: "Constructing a methodology for the interpretation of childhood age in Classical Athenian iconography". *Archaeological Review from Cambridge* 13 (2): 81-96.
- BEAUSANG, E. 2000: "Childbirth in Prehistory: an introduction". *European Journal of Archaeology* 3 (1): 69-87.
- BERMEJO BARRERA, J. C. 1982: *Mitología y Mitos de la Hispania Prerromana*. Akal Universitaria. Madrid.
- BLANCO, A. 1988: "Las esculturas de Porcuna. II. Hierofantes y cazadores". *Boletín de la Real Academia de la Historia* CLXXXV: 1-27.
- BLÁNQUEZ PÉREZ, J. 1990: *La Formación del Mundo Ibérico en el Sureste de la Meseta. Estudio Arqueológico de las necrópolis ibéricas de la provincia de Albacete*. Instituto de Estudios Albacetenses. Albacete.
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M. 1983: *Primitivas religiones ibéricas. t. II. Religiones prerromanas*. Ed. Cristiandad. Madrid.
- BONET, H. 1995: *El Tossal de Sant Miquel de Lliria. La antigua Edeta y su territorio*. Servicio de Investigación Prehistórica. Diputación de Valencia. Valencia.
- BONET, H. y MATA, C. 1997: "Lugares de culto edetanos. Propuesta de definición". En *Espacios y lugares culturales en el mundo ibérico. Quaderns de Prehistoria i Arqueologia de Castelló* 18: 115-146.
- BONNISCHEN, R. 1972: "Millie's Camp: an experiment in archaeology". *World Archaeology* 4 (3): 277-291.
- BRADLEY, K. R. 1986: "Wet-nursing at Rome: a study in social relations". En B. Rawson (ed.): *The Family in Ancient Rome. New Perspectives*. Routledge. Londres: 201-228.
- BRONCANO, S. 1989: *El depósito votivo ibérico del Amarejo (Bonete, Albacete)*. Excavaciones Arqueológicas en España. Ministerio de Cultura. Madrid.
- CASTELORUANO, R. 1989: "La música en la Antigüedad hispana. I. El aulos y diaulos". *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología* 26: 9-18.
- CHAPA, T. (e.p.): "El tiempo y el espacio en la escultura ibérica: un análisis iconográfico". En T. Tortosa y J.A. Santos Velasco (eds.): *Arqueología e Iconografía: indagar en las imágenes*. Escuela Española de Historia y Arqueología. Roma.
- CHAPA, T. y MADRIGAL, A. 1997: "El sacerdocio en época ibérica". *SPAL* 6: 187-204.
- CHAPA, T. y PEREIRA, J. 1991: "El oro como elemento de prestigio social en época ibérica". *Archivo Español de Arqueología* 64: 23-35.
- CHAPA, T.; PEREIRA, J.; MADRIGAL, A. y MAYORAL, V. 1998: *La necrópolis ibérica de Los Castellones de Céal (Hinojares, Jaén)*. Consejería de Cultura. Junta de Andalucía. Universidad de Jaén. Sevilla.
- COULON, H. 1906: *Note sur les vases appelés biberons trouvés dans les sépultures d'enfants (époque gallo-romaine)*. Ernest Leroux ed. Paris.
- CUADRADO DÍAZ, E. 1987: *La Necrópolis Ibérica de El Cigarralejo (Mula, Murcia)*. Bibliotheca Praehistorica Hispana XXIII. CSIC. Madrid.
- DIXON, S. 1988: *The Roman Mother*. Routledge. Londres y N. York.
- ENGELS, B. A. 1998: "Women, children and the family in the Late Aegean Bronze Age: differences in Minoan and Mycenaean constructions of gender". *World Archaeology* 29 (3): 380-392.
- ENGELS, D. 1980: "The problem of female infanticide in the Graeco-Roman world". *Classical Philology* 75 (2): 112-120.
- FINLAY, N. 1997: "Kid Knapping: the missing children in lithic analysis". En J. Moore and E. Scott (eds.): *Invisible people and processes*. Leicester University Press. Leicester: 203-212.
- FRASCHETTI, A. 1997: "Roman youth". En G. Levi y J.-C. Schmitt (eds.): *Ancient and Medieval Rites de Passage I. A History of young people in the West*. The Belknap Press of Harvard University Press. Cambridge, Massachusetts y Londres: 51-82.
- GARCÍA BELLIDO, A. 1943: *La Dama de Elche y el conjunto de piezas arqueológicas reingresadas en España en 1941*. CSIC. Madrid.
- GARCÍA CANO, J. M. 1997: *Las necrópolis ibéricas de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia). I. Las excavaciones y estudio analítico de los materiales*. Universidad de Murcia. Murcia.
- 1999: *Las necrópolis ibéricas de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia). II. Análisis de los enterramientos, Catálogo de materiales y Apéndices antropológico, arqueozoológico y paleobotánico*. Universidad de Murcia. Murcia.
- GARCÍA IROSELLÓ, J. 1993: *Turó dels Dos Pins. Necrópolis Ibèrica*. Editorial AUSA. Sabadell.
- GARCÍA TEJEIRO, M. 2001: "El cuento del miedo en la Antigüedad clásica". *MHNH Revista Internacional de Investigación sobre Magia y Astrología Antiguas* 1: 61-90.
- GARCÍA TEJEIRO, M. y MOLINOS, M. T. 2000: *Les héros méchants*. Kernos suppl. 10: 111-123. Lieja.
- GARLAND, R. 1985: *The Greek Way of Death*. Duckworth. Londres.
- 1990: *The Greek Way of Life*. Duckworth. Londres.

- GIL GONZÁLEZ, F. y HERNÁNDEZ CARRIÓN, E. 1995-1996: "Una terracota representando a la "Diosamadre" procedente de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia) y la distribución de estas piezas en el Sureste". *Anales de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Murcia* 11-12: 151-161.
- GOLDEN, M. 1981: "Demography and the exposure of girls at Athens". *Phoenix* 35 (4): 316-331.
- 1990: *Children and Childhood in Classical Athens*. The Johns Hopkins University Press. Baltimore y Londres.
- GÓMEZ BELLARD, C. y GÓMEZ BELLARD, F. 1989: "Enterramientos infantiles en la Ibiza fenicio-púnica". En Inhumaciones infantiles en el ámbito mediterráneo español (siglos VII a.E. al II d.E.). *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses* 14: 211-238.
- GONZÁLEZ ALCALDE, J. y CHAPA BRUNET, T. 1993: "Meterse en la boca del lobo. Una aproximación a la figura del *carnassier* en la religión ibérica". *Complutum* 4: 169-174.
- GONZÁLEZ NAVARRETE, J. 1987: *Escultura Ibérica de Cerrillo Blanco, Porcuna, Jaén*. Diputación Provincial de Jaén. Instituto de Cultura. Jaén.
- GONZÁLEZ PRATS, A. 2002: *La necrópolis de cremación de Les Moreres (Crevillente, Alicante, España)*. (s. IX-VII A.C.). Universidad de Alicante. Alicante.
- GOODMAN, A. H. y ARMELAGOS, G. J. 1989: "Infant and childhood morbidity and mortality risks in archaeological populations". *World Archaeology* 21 (2): 225-243.
- GRACIA, F.; MUNILLA, G.; MERCADAL, O. y CAMPILLO, D. 1989: "Enterramientos infantiles en el poblado ibérico de La Moleta del Remei (Alcanar, Montsiá)". En Inhumaciones infantiles en el ámbito mediterráneo español (siglos VII a.E. al II d.E.). *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses* 14: 133-159.
- GRAU MIRA, I. 1996: "Estudio de las excavaciones antiguas de 1953 y 1956 en el poblado ibérico de La Serreta". *Recerques del Museu d'Alcoi* 5: 83-119.
- GUÉRIN, P. 1999: "Hogares, molinos, telares...El Castellet de Bernabé y sus ocupantes". *Arqueología Espacial* 21: 85-99.
- GUÉRIN, P. y MARTÍNEZ VALLE, R. 1987-88: "Inhumaciones infantiles en poblados ibéricos del área valenciana". *Saguntum. Papeles del laboratorio de Arqueología de Valencia* 21: 231-266.
- GUÉRIN, P.; CALVO GÁLVEZ, M.; GRAU ALMERO, E. y GUILLEN CALATAYUD, P. M. 1989: "Tumbas infantiles en el Castellet de Bernabé (Liria, Valencia)". En Inhumaciones infantiles en el ámbito mediterráneo español (siglos VII a.E. al II d.E.). *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses* 14: 63-132.
- GUSI, F. 1970: "Enterramientos infantiles en viviendas". *Pyrenae* 6: 65-70.
- 1989: "Posibles recintos necroláticos infantiles ibéricos en Castellón". En Inhumaciones infantiles en el ámbito mediterráneo español (siglos VII a.E. al II d.E.). *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses* 14: 19-42.
- 1997: "Lugares sagrados, divinidades, cultos y rituales en el levante de Iberia". *Quaderns de Prehistoria i Arqueologia de Castelló* 18: 171-210.
- 1992: "Nuevas perspectivas en el conocimiento de los enterramientos infantiles de época ibérica". *Estudios de Arqueología Ibérica y Romana. Homenaje a Enrique Pla Ballester*. S.I.P. Serie de Trabajos Varios 89. Valencia: 239-260.
- HAMMOND, G. y HAMMOND, N. 1998: "Child's play: a distorting factor in archaeological distribution". *American Antiquity* 46: 634-636.
- HOPKINS, K. 1983: *Death and renewal. sociological studies in Roman History* 2. Cambridge University Press. Cambridge.
- INIESTA, A.; PAGE, V. y GARCÍA CANO, J. M. 1987: *La sepultura nº 70 de la necrópolis ibérica de Coimbra del Barranco Ancho, Jumilla*. Consejería de Cultura, Educación y Turismo. Murcia.
- IZQUIERDO PERAILE, I. 2000: *Monumentos funerarios ibéricos: los pilares-estela*. Diputación Provincial de Valencia. Servicio de Investigación Prehistórica. Serie de Trabajos Varios 98. Valencia.
- JOHNSTON, S. I. 1995: "Defining the Dreadful: Remarks on the Greek Child-Killing Demon". En M. Meyer y P. Mirecki (eds.): *Ancient Magic and Ritual Power*. Leiden: 361-387.
- KAMP, K. A. 2001a: "Where have all the children gone?: the archaeology of childhood". *Journal of Archaeological Method and Theory* 8 (1): 1-34.
- 2001b: "Prehistoric children working and playing: a Southwestern case study in learning ceramics". *Journal of Anthropological Research* 57: 427-450.
- LEE, K. A. 1994: "Attitudes and prejudices towards infanticide: Carthage, Rome and today". *Archaeological Review from Cambridge* 13 (2): 65-80.
- LEÓN, P. 1998: *La sculpture des Ibères*. l'Harmattan. Paris.
- LILLEHAMMER, G. 1989: "A child is born. The child's world in an archaeological perspective". *Norwegian Archaeological Review* 22 (2): 89-105.
- LILLO CARPIO, P. 1995-1996: "El peribolos del templo del santuario de La Luz y el contexto de la cabeza mármorea de la diosa". *Anales de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Murcia* 11-12: 95-128.
- 1997: "Las divinidades femeninas mediterráneas y su incidencia en la religión y cultura ibéricas". En *La Dama de Elche más allá del enigma*. Generalitat Valenciana. Valencia: 39-72.
- LÓPEZ FLORES, I. 1997: "El diagnóstico demográfico de los restos óseos infantiles: su excavación e interpretación". *XXIV Congreso Nacional de Arqueología* 5. Comunicaciones Libres (Cartagena, 1997). Instituto de Patrimonio Histórico. Murcia: 297-307.
- LORAUX, N. 1981: *Les enfants d'Athéna. Idées athenien-*

- nes sur la citoyenneté et la division des sexes. François Maspero. Paris.
- MANGAS, J. 2000: "Promoción social y oficio de las nodrizas". En M. Myro, J.M. Casillas, K. Alvar y D. Plácido (eds.): *Las edades de la dependencia durante la Antigüedad*. Arys. Eds. Clásicas. Madrid: 239-254.
- MARÍN CEBALLOS, M. C. 1987: "¿Tanit en España?". *Lucentum* 6: 43-79.
- MARTÍNEZ, M. 1996: "Aportació metodològica a l'estudi de les ceràmiques ibèriques a mà". *Quaderns de Prehistoria i Arqueologia de Castelló* 17: 309-320.
- MEILLASSOUX, C. 1977: *Mujeres, graneros y capitales*. Siglo XXI. Madrid.
- MOLINOS MOLINOS, M.; CHAPA BRUNET., T.; RUIZ RODRÍGUEZ, A. y PEREIRA SIESO, J. 1998: *El santuario heroico de El Pajarillo (Huelma, Jaén)*. Diputación Provincial. Universidad de Jaén. Jaén.
- MOORE, J. y SCOTT, E. E. (eds.) 1997: *Invisible people and processes*. Leicester University Press. Leicester.
- NEGUERUELA, I. 1990: *Los monumentos escultóricos ibéricos del Cerrillo Blanco de Porcuna (Jaén)*. Ministerio de Cultura. Madrid.
- 1992: *La escultura ibérica*. Cuadernos de Arte Español 57. Historia 16. Madrid.
- OLMOS, R. 1996: "Pozo Moro: ensayos de lectura de un programa escultórico en el temprano mundo ibérico". En R. Olmos (ed.): *Al otro lado del espejo. Aproximación a la imagen ibérica*. Col. Lynx. Madrid. 99-114.
- Coord. 1999: *Los Iberos y sus imágenes*. CD-Rom. CSIC. Miconet. Madrid.
- 2000-2001: "Diosas y animales que amamantan: la transmisión de la vida en la iconografía ibérica". *Zephyrus* LIII-LIV: 353-378.
- ORME, N. 2001: *Medieval children*. Yale University Press. New Haven y Londres.
- PAGE DEL POZO, V. 1985: *Imitaciones de influjo griego en la cerámica ibérica de Valencia, Alicante y Murcia*. CSIC. Madrid.
- PEREIRA SIESO, J. 1999: "Recipientes de culto de la necrópolis de Toya (Peal de Becerro, Jaén)". *Archivo Español de Arqueología* 72: 15-29.
- PLÁCIDO, D. 2000: Pañdes y hebóntes: los diferentes tratamientos de cautivos en las guerras entre ciudades. En M. Myro, J.M. Casillas, K. Alvar y D. Plácido (eds.): *Las edades de la dependencia durante la Antigüedad*. Arys. Eds. Clásicas. Madrid: 91-100.
- PLATI, M. 1999: *Playing in Ancient Greece*. N.P. Goulandris Foundation. Museum of Cycladic Art. Atenas.
- POLITIS, G. 1998: "Arqueología de la infancia: una perspectiva etnoarqueológica". *Trabajos de Prehistoria* 55 (2): 5-19.
- POMEROY, S. B. 1983: "Infanticide in Hellenistic Greece". En A. Cameron y A. Kuhrt (eds.): *Images of women in Antiquity*. Croom Helm. Camberra.
- PORTER POLE, F. J. 1994: "Socialization, enculturation and the development of personal identity". En T. Ingold (ed.): *Companion Encyclopedia of Archaeology*. Routledge. Londres y N. York: 831-860.
- PRADOS, L. 1997: "Los ritos de paso y su reflejo en la toréutica ibérica". En R. Olmos y J.A. Santos (eds.): *Iconografía Ibérica, Iconografía Itálica. Propuestas de interpretación y lectura*. Serie Varia 3. Universidad Autónoma de Madrid. Madrid: 273-282.
- PRICE, T. D.; BURTON, J. H. y BENTLEY, R. A. 2002: "The characterization of biologically available strontium isotope ratios for the study of prehistoric migration". *Archaeometry* 44(1): 117-135.
- PRIETO VILAS, I. M. 2000: "El recorrido en torno a la sepultura turriforme de Pozo Moro y secuencia narrativa de sus relieves: algunas propuestas". *Espacio, Tiempo y Forma* Serie II, Historia Antigua 13: 325-356.
- QUESADA, F. 1997: *El armamento ibérico. Estudio tipológico, geográfico, funcional, social y simbólico de las armas en la Cultura Ibérica (siglos VI-I a.C.)*. Monographies Instrumentum 3. Ed. Monique Mergoïl. Montagnac. 2 vols
- 1998: "El guerrero y sus armas". *Museo de 'El Cigarralejo', Mula, Murcia*. Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología 38. Madrid: 187-217.
- RAWSON, B. 1986: "Children in the Roman Familia". En B. Rawson (ed.): *The Family in Ancient Rome. New perspectives*. Routledge, Londres: 170-200.
- 1997: "Representations of Roman Children and Childhood". *Antichthon*. 31: 74-95.
- ROUSSELLE, A. 1986: "Gestes et signes de la famille dans l'empire romain". En A. Burguière, C. Klapisch-Zuber, M. Segalen y F. Zonabend (dirs.): *Histoire de la Famille*. 1. Armand Colin Ed. Paris: 231-269.
- ROVELAND, B. E. 1997: "Archaeology of children". *Anthropology Newsletter* 38 (4): 14.
- RUBIO GOMIS, F. 1986: *La necrópolis ibérica de La Albufereta de Alicante (Valencia, España)*. Academia de Cultura Valenciana. Serie Monográfica 11. Valencia.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A. 2000: "El concepto de clientela en la sociedad de los príncipes". En C. Mata Parreño y G. Pérez Jordá (eds.): *Ibers. Agricultors, artesans i comerciants*. III Reunió sobre Economia en el Món Ibèric. Saguntum. *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*. Extra 3. Valencia: 11-20.
- SAN NICOLÁS PEDRAZ, M. P. y RUIZ BREMÓN, M. 2000: *Arqueología y Antropología Ibéricas*. UNED ediciones. Madrid.
- SANTONJA ALONSO, M. 1992: "Problemática de los enterramientos infantiles en las necrópolis de El Cigarralejo, Pozo Moro y Los Villares". *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*. 32: 37-38.
- SANZ MÍNQUEZ, C. 1997: *Los Vacceos: cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle medio del Duero: la necrópolis de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)*. Arqueología en Castilla y León 6.

- Junta de Castilla y León. Ayuntamiento de Peñafiel. Salamanca.
- SCHNAPP, A. 1997: "Images of young people in the greek city-state". En G. Levi y J.-C. Scmitt (eds.): *Ancient and Medieval Rites de Passage 1. A History of young people in the West*. The Belknap Press of Harvard University Press. Cambridge, Massachusetts y Londres: 12-50.
- SCOTT, E. 1990: "A critical review of the interpretations of infant burials in Roman Britain, with particular reference to villas". *Journal of Theoretical Archaeology* 1: 30-46.
- 1992: "Images and contexts of infants and infant burials: some thoughts on some cross-cultural evidence". *Archaeological Review from Cambridge* 11 (1): 77-92.
- SHAHAR, S. 1990: *Childhood in the Middle Ages*. Routledge. Londres y N. York.
- SISSA, G. 1986: "La famille dans la cité grecque (V-IV^e siècle avant J.-C)". En A. Burguière, C. Klapisch-Zuber, M. Segalen y F. Zonabend (dirs): *Histoire de la Famille* 1. Armand Colin Ed., Paris.:163-194.
- SOFAER DEREVENSKI, J. 1994: "Where are the children?. Accessing children in the past". *Archaeological Review from Cambridge* 13 (2): 7-20.
- 1997: "Engendering children, engendering archaeology". En J. Moore and E. Scott (eds.): *Invisible people and processes*. Leicester University Press. Leicester: 192-202.
- SOURVINOU-INWOOD, C. 1978: "Persephone and Aphrodite at Locri: a model form personality definitions in Greek religion". *Journal of Hellenic Studies* XCVIII: 101-121.
- STOODLEY, N. 2000: "From the cradle to the grave: age organization and the early Anglo-Saxon burial rite". *World Archaeology* 31 (3): 356-472.
- STRÖMBERG, A. 1998: "Sex-indicating grave-gift in the Athenian Iron Age: an investigation and its results". En L. Larsson Loven y A. Strömberg (eds.): *Aspects of women in Antiquity*. Proceedings of the First Nordic Symposium of Women's Lives in Antiquity (Göteborg, 12-15 June 1997). Paul Amstroms Vorlag. Jonsered: 11-28.
- TRANCHO, G. J.; ROBLEDO, B. y LÓPEZ BUEIS, I. 1995: *Investigaciones antropológicas en España. Base de datos bibliográfica* (1861 referencias). Universidad Complutense. Madrid.
- 1997: *Investigaciones antropológicas en España. Base de datos bibliográfica* (2600 referencias). Universidad Complutense. Madrid.
- TRELLISÓ CARREÑO, L. 2001: "La acción del fuego sobre el cuerpo humano: la Antropología Física y el análisis de las cremaciones antiguas". *Cypsela* 13: 87-98.
- VIDAL-NAQUET, P. 1981: *Le chasseur noir. Formes de pensée et formes de société dans le monde grec*. François Maspero. Paris.
- VILATTE, S. 1991: "La nourrice grecque". *L'Antiquité Classique* LX: 5-28.
- VISINTIN, M. 1992: *La vergine e l'eroe. Temesa e la leggenda di Euthymos di Locri*. Edipuglia. Bari.
- VOLLKOMMER, R. 2000: "Mythological Children in Archaic Art. On the problem of age differentiation for small children". En G.R. Tsetschladze, A.J.N.W. Prag y A.M. Snodgrass (eds.): *Periplous. Papers on Classical Art and Archaeology presented to Sir John Boardman*. Thames and Hudson. Londres: 371-381.